LA ILUSTRACION,

PERIODICO UNIVERSAL.

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50, Número suelto 8 rs.

NUM. 266.—SÁBADO 1.° DE ABRIL DE 1854. MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60, Ultramar y estranjero: Año 80.

REVISTA UNIVERSAL.

La Prusia, ó tiene su decision muy oculta, ó quizás no habrá formado aun ninguna. Las demás potencias parecen familiarizarse con la idea de no contar con este país, pues por muchos conductos se sabe casi de seguro que el rey se ha dejado disuadir de la alianza con la Rusia solo por su hermano el príncipe de Prusia y los ministros baron de Manteuffel y de Bonin; que por influencia de estos ha rechazado las últimas preposiciones para una directa neutralidad en la alianza con la Rusia, y que estas proposiciones recibieron la misma respuesta que el gabinete de Viena dió al conde de Orloff, sin prévio acuerdo con esta corte. El material de guerra se halla preparado en gran cantidad, y se está aun trabajando en aumentarlo: tambien se han hecho todos los preparativos para la movilizacion de varios cuerpos de ejército; pero no creemos que se les atribuya hasta ahora otro objeto que el de estar en espectacion de los sucesos que puedan sobrevenir en el Báltico.

Al emperador de Rusia le han llevado tanto la primitiva aprobacion del Lord Aberdeen como las instigaciones del partido antiguo ruso mas allá de lo que quizás desearia. Una oposicion semejante no se habia figurado, ni estaba preparado á ella. En este momento la energia de su carácter y un fiero amor propio no le permiten retroceder. Los hombres que le han empujado tanto, se trocarían además en enemigos suyos, si quisiera obrar de otro modo. Pero que la disputa tenga por objeto la victoria del eslavismo y de la iglesia griega, aparece á lo claro de todo el manejo de este partido. Quiere destruir al mismo tiempo la influencia de los alemanes empleados en servicio de la Rusia, y los muchos generales y oficiales alemanes en el ejército del Danubio, de los que no puede deshacerse tan pronto (así es que principiará con los diplomáticos y empleados de orígen aleman), solo preparan allí su ruina propia y la de todos los demás alemanes. El emperador, por mas dignidad que haya dado á la carta á su *bon ami* en París, ha espresado claramente en su manifiesto que es una guerra religiosa la que está haciendo, y que se trata de la glorificacion de la iglesia ortodoxo-griega. Los católicos y los protestantes, cuyos correligionarios ya tienen tanto que padecer en Rusia, no podrán oirlo con indiferencia; pues no solo se intenta el triunfo sobre el islamismo, sino tambien sobre el papismo y luteranismo. Por fin debe á los alemanes parecer algo sospechosa esta adulacion con la Francia. En todo el curso de la cuestion la diplomacia rusa se afanaba por captarse la buena voluntad de la Francia, y aun en los últimos momentos se dieron sus pasaportes á lord Seymour mientras que se conferia una condecoracion al marqués de Castelbajac. ¿No deben adquirir de este modo una importancia mas significativa las indicaciones que se escaparon al *Moniteur?* ¿Habrán sido en efecto hechas promesas á la Francia á costa de la Alemania? Todo el mundo admira el valor del emperador, que atacado en el Danubio, Pontus Euxinus y en Báltico, acepta impávido la lucha, á pesar del mal estado de su hacienda. Sin dinero contante, sin crédito, fácil sería verse obligado en el trascurso de la guerra á aumentar aun mas la ya muy considerable cantidad de papel moneda, el cual pierde en su valor á medida que se multiplica. No es de suponer que los ejércitos estranjeros penetren en la Rusia, ni que el imperio sea dividido; pero saldrá de la lucha tan exhausto ó quizás mas que la Turquía.

El rey Oton de Grecia confiesa esplícitamente que no le es dado reprimir el movimiento en su país. Un gobierno tan importante como este é incapaz de dirigir á su voluntad las fuerzas de un país, se borra casi él mismo del número de los vivos. Los griegos ni aun parecen pensar en que se habia de poner la corona de Bizancio en las sienes de su rey. Les es igual quien la lleve; y con tal de que se vuelva á crear el imperio griego, se contentan con ser una segunda genitura de Rusia. Este objeto le persiguen á ciegas los oficiales, soldados, ciudadanos, estudiantes y gente de todas clases y condiciones; hasta la mitad de los ladrones y los criminales son admitidos. Y con todo, la empresa se funda en una crasa ilusion. Pues de los 400,000 habitantes de la Albania se han adherido tan pocos individuos al movimiento, que apenas de la afluencia desde la Grecia misma el ejército de los insurgentes ha podido llegar á 8,000 hombres. Con una débil guarnicion se ha defendido el gobernador de Arta, sosteniéndose en su castillo; y así que lleguen las fuerzas turcas, aquella insurreccion será pronto apaciguada, sobre todo si los turcos se hallan auxiliados por los buques franceses, ingleses y egipcios, de los que los ingleses han salido ya de Corfú en direccion á Prevesa. Los buques ingleses y franceses destinados al Pireo, pronto apagarán el fuego belicoso de los habitantes de Atenas.

La Turquía está haciendo los esfuerzos mas grandiosos. El sultan se ha obligado por medio de un convenio celebrado en 13 de febrero, á no hacer la paz sino en mancomunidad con la Inglaterra y Francia. Un segundo tratado se negocia con arreglo á las decisiones tomadas en las conferencias de Viena, y tiene por objeto asegurar los derechos y privilegios de los súbditos cristianos de un modo que mejore sus relaciones en conformidad con las exigencias de nuestra época avanzada, sin menoscabar al mismo tiempo la soberanía del Sultan. El protectorado sobre los Rajahs pasaria en consecuencia á las grandes potencias *in solidum* y se invitaria á la Rusia á unirse á este convenio. Hasta ahora ha tenido la Puerta que luchar rara vez con una insurreccion cristiana, y mas bien contra las razas que pertenecen á la creencia del islamismo. El que pues la Puerta salga de una manera mas armónicamente constituida de esta difícil lucha, ó el ódio de que las nacionalidades se mitiguen algo, una vez que no es fácil se estinga del todo, y que de aquí nazca una mayor armonía entre todos estos elementos heterogéneos, estas son cosas que deben desearse mas bien que esperarse. El íntimo contacto en que entran los turcos con las ilustradas naciones cristianas, el socorro que estas les prestan, y la aprobacion otorgada de servir al mando de jefes cristianos, todas estas circunstancias pueden contribuir mucho á destruir las antiguas preocupaciones. En cambio los turcos, enteramente diferentes de los egipcios, han desarrollado hasta ahora muy poco estímulo para la civilizacion; no han creado nada, y aun en el arte de la guerra no han ido á igual paso que los demás pueblos europeos. Veremos si el bautismo de

Knicanin, jefe de los servos en la guerra húngara.

2009 Ministerio de Cultura

sangre que estan actualmente recibiendo les prepara para una regeneracion. En este caso pronto se curarian las heridas que les causa la guerra, porque el suelo de aquel país que habitan es de una fertilidad asombrosa, y su situacion es para el comercio la mas favorable que darse puede.

Se ha mandado á todos los pequeños vapores franceses dirigirse á Toulon, donde reciben el carbon correspondiente y se les arma en guerra juntos con los navíos el Neptuno, Diadema y Fleurus, y con las fragatas de vapor *Commada*, el *Panamá* y *Cristobal Colon*. Allí se ha embarcado la primera division de 8,000 hombres, debiéndose embarcar la segunda en Argel. El número total de tropas con destino á Constantinopla, es de 80,000 hombres. El emperador dijo en su discurso á la asamblea legislativa: *El Austria, que no puede mirar con indiferencia los acontecimientos que se preparan, entrará en nuestra alianza y atestiguará de este modo la moralidad y justicia de la guerra que emprendemos. Nosotros vamos con la Alemania á Constantinopla.* Sin embargo, estas palabras no estan en completa armonía con las noticias que de Viena tenemos; pero no nos es dado dudar de la palabra imperial pronunciada en voz alta y pública. Una consecuencia de la gravedad de la guerra es tambien el convenio celebrado entre la Inglaterra y la Francia para la mútua proteccion de todos los bienes de estos estados y sus buques mercantes, cuya resolucion ha puesto el señor Drouyn de Lhuys en conocimiento de todos los agentes diplomáticos y comerciales de Francia por medio de una circular fechada 23 de febrero.

El teniente feld mariscal austriaco, el conde de Coronini, ha trasladado su cuartel general desde Temeswar á Semlin á fin de estar mas próximo al teatro de los acontecimientos militares. Los primeros 25,000 hombres han tomado posicion en la frontera; la marcha de los 25,000 hombres restantes no se apresurará, en atencion á que la Rusia ha reconocido la neutralidad de la Servia, y que las fuerzas existentes son mas que suficientes para reprimir cualquier levantamiento que pudiera estallar en la Servia.

El príncipe Paskiewitsch, príncipe de Varsovia, ha sido nombrado generalísimo del ejército ruso en la Turquía europea, mientras que el príncipe de Gortschakoff conserva el mando superior de los principados danubianos; y el general Rudiger ocupa el puesto del primero en la Polonia. La nueva leva aumentará el ejército en 200,000 hombres. Estos y las reservas que se han llamado á las armas han de servir en parte para ocupar á la Polonia, de suerte que mas adelante pueda marchar al teatro de la guerra el segundo cuerpo del ejército á las órdenes del general de infantería de Panjutine I. Así que los 30,000 hombres destinados igualmente al teatro de la guerra hayan llegado, se efectuará el paso del Danubio. El cuerpo de la guardia, el núcleo del ejército, se empleará parte en las provincias situadas en el Báltico, parte en la Polonia. Repetidas veces se da la noticia de la toma de Chiva acaecida el 11 de diciembre, segun se pretende, como tambien de los esfuerzos de los rusos para persuadir á los khans de Chiva y Bokhora y á Dost Mahomed de Kandahar á entrar en una cuádruple alianza con la Rusia, cuyas noticias sin embargo fueron desmentidas en el parlamento inglés.

Omer Bajá ha sido nombrado Visir (y no gran-visir), pero con los poderes y las facultades mas ámplias. En su consecuencia es el general en jefe de todo el ejército turco en el teatro de la guerra europeo, independiente del ministro de la Guerra, y está autorizado á nombrar y quitar los oficiales.

Prepárase en Constantinopla un nuevo trasporte de 10,000 hombres con destino á Batun. Han llegado á aquella capital nuevas remesas de armas procedentes del Egipto. La fragata francesa *Asmodeo* ha traido el utensilio necesario para el levantamiento de un campamento destinado á las tropas auxiliares que deban seguir. Al tratar de las operaciones estranjeras se ha tenido en cuenta un plan formado en otro tiempo por el mariscal Marmon, que encarga especialmente la mejor fortificacion de los castillos de los Dardanelos. Y aunque los turcos no conciben cómo en la actualidad puede amenazarles algun daño por esta parte, se han principiado no obstante los trabajos para ello. Se fabrican en Constantinopla las bombas inventadas por un boticario francés y llenas de nitrógeno, para emplearlas primeramente en el ataque de Sevastopol que podria acaecer, pues aquellas atontarian y matarian inmediatamente á la guarnicion que se hallase en las galerías de las casamatas. A la insurreccion griega le da el gobierno turco poca importancia, porque primero está socorrido hasta la fecha por el clero griego, y en prueba de ello ha impulsado el patriarca de Constantinopla la creacion de un cuerpo franco de 500 hombres, para lo cual, sea dicho de paso, los griegos ricos de la capital no han manifestado gran empeño; y segundo, le han prometido los embajadores de Francia é Inglaterra la intervencion de sus respectivos gobiernos, el envio de cuatro buques de guerra al Pireo, y una espedicion desde Corfú para la costa de la Albania.

EJÉRCITO DE MAR Y TIERRA.

La marina francesa cuenta en la actualidad 370 oficiales con el carácter de generales, 2 almirantes, 11 vice-almirantes, 20 contra-almirantes, 36 capitanes de navío de 1.ª clase, 74 idem de 2.ª, y 227 capitanes de fragatas.

—Se dice que las dos potencias aliadas de la Puerta Otomana han determinado aumentar las fragatas de vapor del mar Negro, de modo que el número corresponda al de los buques de vela, y que puedan en caso necesario tomar á remolque á todos estos. Ya ha llegado á Constantinopla el vapor *Sidon*, destacado de la escuadra del almirante Corry, y otros dos se estan esperando. De parte de los franceses han sido enviados al mar Negro otros dos vapores á mas del *Vauban* y *Cacique*.

—El emperador de Rusia ha mandado con fecha 14 de febrero una nueva leva para todo el ejército de mar y tierra, que se efectuará entre el 1.º de marzo y el 15 de abril con 9 hombres por cada 1,000 almas de las provincias occidentales. Este reclutamiento dará mas de 220,000 hombres.

—El lord Raglan es el nombrado por el gobierno inglés para general en jefe de la division espedicionaria, y se incorporará en Malta á las tropas. Esta division se compondrá de 26,000 hombres de tropas escogidas y mandadas por el general Brocon y el duque de Cambridge, primo de la reina Victoria. A las órdenes de estos estarán los coroneles Bentink, Cire, Airey y Sir Campbell como jefes de brigadas; el coronel Sullivan como general ayudante, y el doctor Smith jefe de sanidad militar. El coronel Penecufather, que bajo Sir Charles Napier mandaba el regimiento número 22 en la batalla de Mecance en Seind, funcionará como general cuartel-maestre. Parece que se ha resuelto armar toda la division de carabinas á la Minié.

—El ministerio de la Guerra francés ha dispuesto el suministro de 30,000 pares de calcetas, 2,000 mantas, 20,000 gorras de lana, 8,000 fundas de almohadas, 42,000 servilletas, 8,000 kilógramos de ropa grande para vendajes, 16,000 id. id. pequeñas y 6,000 id. de hilas. Del hospital militar de París llamado *Val-de-Grace* ha salido con direccion á Toulon un destacamento de enfermeros para la division espedicionaria del Oriente.

—En Gibraltar se han embarcado numerosos artilleros ingleses con destino á Constantinopla.

—La tercera escuadra francesa, ya completamente organizada y destinada, segun parece, al Báltico, se compone de 10 navíos de línea, 14 fragatas y 15 corbetas, constando en buques de vela y vapor. Jefe de esta escuadra el vice-almirante Perseval-Deschesnes, y un segundo el contra-almirante Psésaud.

—El período que marca la ley en Rusia para el servicio de las armas es de 21 años. Pero ya desde 15 años á esta parte se licencia á la tropa mucho mas antes; por lo general á los quince años de servicio y aun á los doce. Esta tropa forma la reserva, que ha sido toda llamada ahora á las armas y se halla ya en sus banderas. Su fuerza total no es del todo conocida: segun unos cálculos exagerados se la hace subir á 500,000 hombres, pero por otra parte nunca bajará de 300,000 hombres.

ORGANIZACION DEL EJÉRCITO TURCO.

Este tiene cuatro partes constituyentes, á saber: primera, el ejército permanente (Nizam), en el cual cada soldado ha de servir durante 5 años. Su nombre viene del árabe; y significa *nuevo órden*; se refiere á la organizacion que á imitacion del arte moderno de la guerra se ha introducido en la Turquía; segunda, los Redif (literalmente traducido: el que viene detrás) una especie de Landwehr ó milicias provinciales, á los que pertenecen los hombres útiles para el servicio de las armas que no han sido sacados para el ejército permanente. Estos estan obligados á servir 15 años; pero solo se les llama á las armas en tiempo de guerra. Esta milicia se halla igualmente organizada con arreglo al modelo europeo, y abraza una parte de artillería que se halla destinada principalmente al servicio en las plazas fuertes; tercera, los Baschi Bosuk (plazas exentas de servicio) son una especie de leva en masa y comprenden á todos los individuos útiles y exentos del servicio en los Nizam y Redif por su avanzada edad. Cuarta: esta clase de voluntarios ó tropas irregulares se forma principalmente de las tribus del imperio real y verdaderamente libres de la conscripcion; entre estas prestan muy buenos servicios los albaneses como infantería ligera y los curdos como caballería. Estas dos últimas categorías no son muy afectas á las reglas de la disciplina; en cambio los Nizam y Redifs se han acostumbrado ya á una severa disciplina, contra la cual rara vez pecan estando de servicio, aunque fuera de él trate el soldado turco de libertarse en lo posible de la sujecion militar.

FUERZA EFECTIVA DEL EJÉRCITO FRANCÉS.

Segun datos oficiales, se componia el ejército francés en 1.º de enero de 1853 de 502,990 hombres; de los cuales 376,000 se hallaban en sus banderas, y de estos últimos 127,000 en la reserva. De aquellos 376,000 hombres estaban 305,000 en Francia, y 71,000 en Africa. Ahora después de haber sido llamados una despues de la otra las mitades atrasadas de las clases de edades de los años de 1852, 51, 50 y 49 y todos los quintos del 53, puede que solo se hallen en la reserva unos 70,000 hombres, es decir, las mitades atrasadas de 1848 y 47 y por consiguiente deberán hallarse sobre las armas unos 450,000 hombres. El número de los jóvenes que en 1.º de enero cumplen la edad obligatoria para el sorteo, que es la de 20 años, asciende en Francia á 300,000 cada año. De aquí resulta que este país tiene tres millones de hombres de edad entre 20 y 30 años.

—En Woolwich (Inglaterra) se funden diariamente con la máquina de Anderson 60 quintales de balas para las carabinas á la Minié; 76,000 paquetes han sido embarcados para la guardia real, y seis millones de cartuchos se hallan preparados para ser embarcados.

—El presupuesto del ejército prusiano para el año de 1854 importa en todo 27.503,041 talers, mientras que el del año pasado importaba 326,565 thalers menos, esto es 27.176,476 thalers. Los ingresos de la administracion militar, procedentes de sueldos retenidos, ventas, arriendos etc., ascienden á 245,975 thalers. Entre los gastos ocupa la partida de la manutencion, armamento y reemplazo de las tropas en 20.559,079 thalers el primer lugar. El ramo de inválidos cuesta 3.267,918 thalers, y la suma destinada al monte pio militar llega á 91,790 thalers (calcúlese el thaler prusiano en 14 á 14½ reales vellon).

—El ejército inglés ha tenido en el año de 1853 las bajas siguientes: por muerte 11 generales, 12 tenientes generales, 10 mariscales de campo, 10 coroneles, 18 tenientes coroneles, 10 comandantes, 72 capitanes, 106 tenientes y subtenientes, 32 alféreces, 10 pagadores, 1 ayudante, 2 cuartel-maestres, 4 inspectores generales de hospitales, 3 médicos de primera clase (*first staff surgeons*), 1 físico mayor, 15 físicos, 20 ayudantes de físico y 1 abastecedor; por venta de empleo 1 mariscal de campo, 5 coroneles, 18 tenientes coroneles, 12 mayores, 119 capitanes, 104 tenientes, 46 alféreces; por licenciamiento 1 capitan, 1 teniente, un pagador, 3 físicos, 4 ayudantes de físico, 2 ayudantes de comisario general; por dimision 2 tenientes; por desercion 1 pagador.

—El presupuesto de gastos del ejército belga para este año ascendió á 32 200,000 francos, que ha sido aumentado hace poco con un millon de francos á causa de la carestia de los comestibles: debiéndose agregar á dicha cantidad 1.736,000 francos de crédito estraordinario que ha pedido el ministro de la Guerra para aumentar el material de guerra, y cuyo crédito ha sido ya aprobado por unanimidad en la seccion central de la segunda cámara, de suerte que sumando estas dos partidas al presupuesto arriba indicado, importa el total 35 millones de francos, que compone casi una tercera parte del presupuesto general de gastos.

LOS PRÍNCIPES DE LA MOLDAVIA Y VALAQUIA.

La cuestion ruso-turca ha tocado en lo mas vivo á los intereses de los dos principados de la Moldavia y Valaquia, y producido en el gobierno de estos paises un cambio completo, pues sus dos principes, Gregorio Ghika y Barbo Bibesko Stirbey, cediendo á las exigencias de la Rusia, han tenido que abandonar sus puestos. Estas circunstaucias son conocidas de todos nuestros lectores, y por esta razon nos limitaremos á dar aquí unas breves noticias biográficas de ambos príncipes. La familia de los Ghikas tuvo su orígen en la Albania, y ha dado muchos hospodares á los dos principados de la Moldavia y Valaquia. El primer príncipe de esta familia fué Jorge Ghika, un albanés de nacimiento, que reinó como hospodar de la Valaquia desde 1661 á 1662. Siguióle en esta dignidad su hijo Gregorio, que fué destronado varias veces y otras tantas restituido, gobernando hasta 1673. De los sucesores de este mencionaremos á Gregorio Ghika, que fué en 1726 hospodar de la Moldavia, en 1733 de la Valaquia, en 1736 otra vez de la Moldavia y en 1747 de nuevo de la Valaquia; un segundo Gregorio Ghika fué primeramente intérprete de la Puerta Otomana; después desde el año de 1761 hospodar de Valaquia y decapitado en 1777, por oponerse á la cesion de la Bukowina al Austria. Alejandro Ghika, nacido en 1795, fué nombrado en 1834 hospodar de la Valaquia, y contrajo como tal grandes méritos por el fomento del pais, lo que hubiera hecho en un grado aun superior, si los Boyardos no le hubieran hecho oposicion en todas partes. Sucumbió á las intrigas de estos, fué destituido de su hospodarato en 1842, y vive desde entonces casi siempre en Alemania. Constantino Ghika fué en 1852 presidente del Divan para la Valaquia. Por último, el príncipe Gregorio Ghika fué nombrado hospodar de la Moldavia el 16 de junio de 1849. Este se educó en Alemania y Francia, y las ideas liberales que adquirió en estos paises, fueron la causa por la cual se suscitaron desavenencias entre él y los Beys y Bajás que la Puerta habia colocado á su lado, gracias á las instigaciones secretas de la Rusia. Sin embargo, en 1849 confirió la Puerta á los principados de nuevo su antiguo derecho de elegir un hospodar de sus príncipes indígenos. Gregorio Ghika pareció al gobierno turco la persona mas á propósito y al mismo tiempo la mas capaz para este puesto elevado, á fin de borrar de la memoria de los moldavos los recuerdos de los gobiernos anteriores. Fué por consiguiente investido con el hospodarato después de la caida del príncipe Miguel Stourdza, que sobrevino á consecuencia de los acontecimientos de 1848. Entre los actos patrióticos que ejecutó y que hacen tan gloriosa su administracion, debe mencionarse particularmente el establecimiento de escuelas nacionales que tenian por objeto animar de nuevo el espíritu antiguo y no aun del todo estinguido de la nacionalidad *ruménica*. Escitado por el mas ardiente patriotismo, y sostenido por los motivos mas puros, tuvo frecuentemente que luchar con abusos los mas arraigados que no siempre supo vencer. La infausta mision del príncipe Mentschikoff á Constantinopla, y las señales inequívocas que fueron los precursores de la ocupacion de los principados por los rusos, le causaron grande inquietud y mucha pena. Su salud sufrió al propio tiempo un golpe terrible, que sus amigos atribuyen al efecto de un lento veneno. Se vió precisado á renunciar por algun tiempo su alto cargo y á retirarse de la capital. Se hicieron averiguaciones judiciales, en las cuales estaban envueltas algunas de las personas mas importantes de los principados, corriendo dicha causa algo el velo que cubria hasta entonces las heridas de su desgraciada patria. Tres meses después volvió á su hacienda; pero solo para ser testigo de la entrada de las tropas rusas, un acontecimiento que habia previsto al estallar las diferencias que el príncipe Mentschikoff habia suscitado. Esta invasion disimulada ocasionó al príncipe Ghika invencibles dificultades, puesto que como acreditado vasallo de la Puerta se hallaba obligado á permanecer pasivo en vista de una invasion armada de los rusos. Por último, abandonó el pais que no le era dado defender. El príncipe Ghika se halla actualmente en Viena, rodeado de su familia y amigos. Fué casado dos veces; su primera esposa era la hija de uno de los Boyardos que, anticipándose á los sucesos, se afanaban en persuadir á Napoleon I para que libertase á la Moldavia de la proteccion dañina, si no es funesta de la Rusia. El príncipe tiene 50 años y es el verdadero tipo de la elegancia y cortesanía moldava. Viste el traje europeo, como casi todos los Boyardos de la Moldavia y Valaquia. No hace 25 años que se introdujo este traje y que decididamente se reemplazó al largo traje oriental de la nobleza por el uniforme militar. El príncipe Ghika ha llevado ambos trajes con igual honor y distincion.

El príncipe Barbo Bibesco Stirbey, el hospodar de la Valaquia, destronado por los rusos algunas semanas há, es el hermano mayor del príncipe Jorge Bibesco, que fué destituido durante la revolucion de 1848. Los hermanos son de orígen oscuro, pues su abuelo era picador. Su padre entró de muy pequeño en servicio de una de las familias mas ilustres del pais, donde se distinguió muy pronto por su actividad é inteligencia. Con la proteccion de personas influyentes adelantó pronto y obtuvo por fin un empleo en el gobierno. Antes de 1816 recibian los habitantes de la Valaquia su instruccion en la antigua lengua griega, como los húngaros en la latina; pero como este procedimiento se conceptuaba demasiado insuficiente y esclusivo, para que hubiera podido bastar para el desarrollo general de las facultades intelectuales, se enviaron los hermanos Bibesco á París, á fin de seguir allí un plan de estudios que estuviese mas en armonía con las ideas que prevalecen en las demás partes de la Europa. A su vuelta á la patria fueron recibidos con una distinguida estimacion, y empleados bajo el gobierno del príncipe Ghika en el servicio del Estado. Se les acusa haber sacado provecho de este inesperado favor, haber abandonado á su protector, y haber vendido sus servicios al cónsul general ruso. Igualmente se pretendia en la Moldavia y en tiempo de la ocupacion de los principados en 1848, que la Rusia habia logrado particularmente por la cooperacion de Barbo Bibesco Stirbey tomar posesion de los principados y llevarse sus archivos. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que ni este ni su hermano han ganado en las circunstancias de que se les acusa, porque poco á poco fueron ellos mismos las víctimas hasta de la política rusa.

Cuando el príncipe Stirbey supo que el emperador de Rusia le habia asignado una pension de 1,000 ducados por haber ab-

2009 Ministerio de Cultura

dicado, protestó enérgicamente contra ello, y en la carta escrita al efecto repitió las palabras que habia dirigido el Consejo administrativo en el momento de su partida; pues entonces declaró terminantemente que se alejaba solo provisionalmente y que recibiese nuevas instrucciones.

El príncipe Stirbey ha llegado á los 60 años; es de estatura alta, y goza de perfecta salud. Su fisonomía lleva impresos los trazos de cierta finura; sin embargo no tiene en sus maneras la gracia que distingue á las personas visibles de su patria. El príncipe vive actualmente como refugiado en Viena.

MADRID DE NOCHE.

FACSÍMILE DE VARIOS TIPOS MADRILEÑOS.

(Aprobado por el censor.)

II.

LOS CAFÉS.—LA LITERATURA.—LA POLÍTICA.

Si mal no recuerdo, mis amigos Carlos y Jacinto me escribieron, narrándome su método de vida, que solian reunirse á prima noche en un café. Quiero verles; quiero darles un estrecho abrazo. ¡Es tan dulce volver á ver al cabo de largo tiempo á un amigo verdadero! Se esperimenta un placer tan puro en darle cuenta de nuestra vida pasada, de nuestros pesares, de nuestras esperanzas, en oir la confesion de las suyas! Pero háseme olvidado el nombre del café, y me resuelvo á inspeccionar los mas frecuentados; podia pasar á casa de uno de mis amigos, cuyas señas conservo, é informarme allí: pero quiero mejor buscarlos por mí mismo; con eso veré y examinaré muchas cosas que no veria de otro modo.

Bajo por la calle de la Montera; y á cada momento tengo que detener el paso que estorba la muchedumbre. A la luz de los reverberos veo pasar muchas caras encantadoras, de espresion mas ó menos resuelta, de tocado mas ó menos esmerado; pero hermosas la mayor parte. Guiado por el ruido de los pianos, entro en algunos cafés estrechos, bajísimos de techo y cuajados de una multitud, entre la que percibo pocas caras femeninas. No es estraño; la conversacion que en este momento oigo á unos jóvenes—creo que que ahora se llaman pollos,—seria suficiente para escandalizar al mismo Dios Momo. La atmósfera que en estos lugares se respira es pesada y sofocante: ya no me choca que en Madrid sea mayor que en otras partes el número de defunciones, esto es, un almacen de pulmonías. Suena en casi todos estos cafés un piano manejado por algun profesor no muy malo que ejecuta lindísimas piezas: lástima es que el instrumento, mas que piano, parezca un cencerro.

Busco en vano á mis amigos: entre tantas fisonomias no encuentro ninguna que me sea conocida. Resuelvo continuar mi espedicion, y me encuentro otra vez en la Puerta del Sol.

Crúzala la misma multitud que antes observé en ella; los carruajes ruedan en todas direcciones; las tiendas ostentan sus lujosos artículos á la favorecedora luz de los reverberos: algunos curiosos se entretienen en examinar estas nodrizas del lujo; pero observo que no son sus géneros lo que llama la atencion de muchos de ellos, sino el lindo palmito de alguna oficiala que ocupa el mostrador, ó la traviesa fisonomía de alguna jóven costurera al parecer, que con su lio en la mano y afectando mucha prisa, tiene sin embargo tiempo suficiente para detenerse algunos segundos delante de cada tienda. Admírome de que á este paso llegue nadie en Madrid al fin de su camino. Observo tambien que unos y otros se entienden á las mil maravillas; que se cruzan las miradas, que se miden los pasos, que se saludan, que se hablan, que se rien; observo algunas jóvenes que procuran distraer á las mamás, y quienes se dan fácilmente por distraidas y ven perfectamente con el rabo del ojo lo que otro que tuviera buena vista no veria con los ojos abiertos. En fin, conozco que aquí se aprovecha el tiempo y que el dios Cupido es quien en este momento comparte con los cocheros, aguadores, fosforeros y vendedores de patatas fritas el imperio de la famosa Puerta del Sol.

Llama mi atencion el gran número de peluquerías que existen en este paraje y no puedo conciliar este dato estadístico con la moda que, segun he oido, reina en el dia de parecer todos calvos. ¿Será que para no tener pelo se necesite peluquero?

Frente por frente del Buen-Suceso, que ostenta en su fachada un reloj de iluminada esfera, regulador de todo aquel Belen, se estiende una pequeña esplanada de asfalto, donde en este momento pasean muchas personas de todas clases y condiciones: no me choca, pues es este un escelente punto de observacion. Me complazco en contemplar este cuadro en todas sus fases y recorro la plaza en todas direcciones. Penetro por la calle Mayor, luego por la de Carretas, después por la del Cármen, veo en todas lujosas tiendas que contrastan ciertamente con algun mezquino café; muchos carruajes de plaza estacionados, algunas parejas que buscan los carruajes. Siempre he conocido muy animada la Puerta del Sol; pero nunca tanto como ahora (1).

Vuelvo á subir por la calle de Alcalá. Aun subsiste á su entrada y á la izquierda el vetusto café y tertulia de Levante. Allí pasé yo muchos ratos de mi mocedad agradablemente entretenido estudiando alguna jugada de arfil ó algun gambito de caballo: las paredes y el techo estaban ahumados, el mueblaje era tosco y el alumbrado de aceite; pero en cambio servian escelente café y estaba uno seguro de encontrar alguna honrada compañía que se brindase á hacerle la partida; allí se hallaba uno como en familia, y se pasaban las horas sin sentirlo. No creo que haya variado: la antigüedad era ya en él un mérito principal: habia resistido imperturbable como la Constitucion inglesa los embates del tiempo, y no se habia dejado seducir por las teorías francesas que bajo el brillante aspecto del alumbrado de gas, los magníficos espejos y suntuosos divanes, traen los gastos, las pérdidas, los parroquianos que no toman y los que toman y no pagan; después, cuando el tiempo estiende su capa de mugre sobre aquel brillante mueblaje, los parroquianos huyen. El café de Levante ha calculado sábiamente que lo que ya ha envejecido no corre peligro de envejecer; ha mirado imperturbable, como la nacion española los adelantos del siglo, y ha seguido con sus quinqués de laton sus tableros de ajedrez apoyado en la tradicion, como la Esperanza, y riéndose en las barbas de la teoria.

Sigo por la calle de Alcalá, y entro en algunos cafés que ofrecen mejor aspecto que los que llevo vistos: sin embargo son todavía mezquinos para una gran capital. Estan todos muy concurridos, y oigo muchas conversaciones que giran por lo general sobre política ó mujeres: esto consiste, sin duda, en que sin empleo ó sin querida pocos españoles pueden vivir... Atravieso luego la estrecha é inmunda calle de Peligros, que creo se ha de llamar ahora de Sevilla. No sé si por razon de este nombre, ó atraida por el delicioso olor á chuletas que despide un cercano bodegon, ha sentado sus reales al estremo de dicha calle una colonia de majos de coleta y velluda zamarra, los cuales forman tertulia al aire libre con una multitud de hijas de la Eva que probó la manzana. Veo con dolor que las calles de Madrid no ofrecen por la noche un cuadro muy puro para una hija de familia.

Frente por frente de esta calle estiéndense las del Príncipe y de la Cruz: en el punto de reunion de ambas está el café de las *Cuatro Calles*, digno contemporáneo del de *Levante*, pero que no ofrece, ni con mucho, un cuadro tan pacífico é inocente como aquel: á derecha é izquierda se prolonga la *Carrera de S. Gerónimo*. Atraido por el ruido de un destemplado cornetin entro en un café cercano: los concurrentes son casi todos hombres de capa y calañés y veo muchas varoniles cabezas con coleta. Oigo hablar de puyazos y volapiés, de rocines y empresarios, de bichos y del señor corregidor, y salgo pronto de allí, porque aunque admiro la serenidad y fuerza de alma de la gente torera, no me gusta tratarla de cerca.

Enfrente de este café veo otro muy concurrido; ahora recuerdo que es el mismo que mis amigos me indicaron como su punto de reunion; entro en él y búscoles con la vista. La concurrencia es aquí escesiva, la atmósfera sofocante; tengo que sacar el pañuelo para limpiar el sudor que corre por mi frente. Distingo muchos hombres graves y patilludos de quienes sospecho han de ser algo en la sociedad; siquiera ministros. Sigo inspeccionando las mesas cercanas, cuando una voz conocida resuena en mi oido; no hay duda, es la de Jacinto, el amigo de mi infancia, mi compañero de aula, el confidente de mis primeros amores y mi primer ambicion. Jacinto es un buen muchacho; hijo de una noble casa, algo decaida, lleva con cierto orgullo su apellido, á pesar de que profesa y defiende todas le modernas ideas: su hermosa figura y amable conversacion le han proporcionado algunas buenas fortunas, lo que le ha hecho un tanto presumido con las mujeres. Es sencillo y aun tímido; pero bajo esta sencillez oculta una gran penetracion y una notable fuerza de voluntad: muchas veces en nuestras luchas académicas y literarias le he visto entablar una discusion con modestia y timidez con algunos de los que teniamos por mejores oradores, y reconocer su superioridad; pero si una voz ofensiva, si una frase irónica llegaba á ofender su dignidad, se le veia levantarse con orgullo y combatir con fuerza, con talento, con verdadera superioridad, á su contrario. Yo fuí de los primeros que conocieron en él esta gran disposicion, y acaso el único que sin envidia y con verdadera simpatía le animé á seguir el camino de las letras. Desde entonces me profesa una amistad que sé positivamente que es verdadera: una amistad que concede, que tolera, que previene, que hace aun el sacrificio del amor propio, el mas costoso para el hombre, en las aras de tan pura pasion. Cuando salí de España empezaba Jacinto á darse á conocer en la república literaria; después he visto con gusto muchas de sus producciones, y he recibido de él algunas cartas en las que he advertido cierta amargura, hija sin duda de los desengaños y defecciones que en esta carrera como en todas se deben recibir. Mucho sentiria que estas contrariedades hubiesen influido en el carácter demasiado impresionable de Jacinto; aunque sé que la razon y la conciencia son en él muy poderosas, temo que hayan padecido algo en esta lucha. Los aires de todas las cortes son malos para el corazon: cuando salí de Madrid era muy jóven y pocos dolores habian amargado mi existencia; sin embargo, sospecho que aquí ha de suceder lo que en todas partes.

Al lado de Jacinto veo á Carlos, otro amigo íntimo mio. Tambien fué compañero de mi niñez y condiscípulo en los estudios universitarios; tambien se dedicó á las letras, y su nombre es muy conocido. Pero ha emprendido muy diferente camino que Jacinto: este es novelista, autor dramático, apasionado de la literatura española, no ignorante de la estranjera, y poseedor de conocimientos no vulgares en estas materias. Carlos es escritor político, aficionado á la filosofía alemana, á la historia, á las ciencias políticas, en fin periodista; ha escrito una obra concienzuda, algunos buenos artículos históricos, y otros escelentes para varias publicaciones enciclopédicas. Pero su carácter difiere esencialmente del de Jacinto; lo que este tiene de modesto tiene Carlos de osado; la ingenuidad y confianza de aquel son en este conocimiento del mundo y desprecio de los hombres; pocas reputaciones respeta, pocas obras le admiran, pocas le entusiasman: sacrifica de contínuo el sentimiento á la idea, y es muy aficionado á la sátira, que maneja con destreza. A pesar de estos defectos es buen amigo, no carece de sensibilidad, oye la voz de la conciencia, y en ningun caso llegaria á manchar su nombre con fea nota: es, sobre todo, escelente para auxiliar á un amigo en cualquier ocasion y contra cualquier adversario, por su energía, sagacidad y fuerza de alma.

Profeso una viva amistad á Carlos y admiro algunos de sus pensamientos, hijos tanto del estudio como de la imaginacion. Sin embargo, siempre he estado mas unido con Jacinto: la mala opinion que tiene Carlos de los hombres y las cosas, la amargura y desprecio con que siempre habla de ellos, en fin su genio pesimista en general, me han retraido un tanto de su amistad. Por la misma razon ha puesto él mayor empeño en adquirirla: ha buscado con esquisito tacto las ocasiones de servirme, y sospecho que ha tratado siempre de convencerme de que, sean cualesquiera sus ideas y opiniones, jamás llegará el caso de que las sacrifique la mas mínima parte de su honra. Estoy, en efecto, convencido de ello, y sé que Carlos se portará en todas ocasiones con nobleza.

Hállome impaciente por abrazar á estos buenos amigos; me acerco á ellos abriéndome paso con trabajo por medio de la muchedumbre y logro al fin tocar sus hombros pronunciando al mismo tiempo estos queridos nombres—¡Carlos, Jacinto! Mi voz los sorprende; estoy entre sus brazos: conzco por la conmocion de sus semblantes y por la que yo mismo esperimento que nuestra amistad no es una vana palabra. Nuestras manos se estrechan afectuosamente; no nos cansamos de mirarnos; quisiéramos decirnos con la vista toda nuestra vida pasada, todas nuestras esperanzas, todos nuestros dolores: hay en nuestro afecto algo de paternal: sentímos de antemano los pesares que presentimos, y nos alegramos con las alegrias que adivinamos.

Preséntanme á sus amigos y me colman de elogios. Segun ellos, soy un hombre de mérito, de instruccion, de talento, de corazon, ¡qué sé yo cuántas cosas encajan por este estilo! ¡Hasta llegan á decir que soy su compañero y á compararme con los literatos de mas fama. Cuanto mayor es la vehemencia de mis amigos observo que es mayor la frialdad con que son acogidos los elogios que hacen de mi persona: aun llego á percibir en alguna fisonomía cierta sonrisa de incredulidad é indiferencia. Conozco perfectamente que estos señores literatos no quieren recogerme en el gremio; que les cuesta trabajo tener que reconocer una nueva reputacion que podia menguar la suya y que sienten en el alma tener un compañero mas. Para tranquilizarles por completo contesto á los elogios de mis amigos, asegurando que solo los debo á su bondad y cariño; que ni me siento con fuerzas para emprender el camino de las letras, ni mis ocupaciones y carácter me lo permitirían, que amo la literatura y estimo á los que la cultivan; pero que conceptuo esta carrera muy dificultosa y no para mis débiles recursos: concluyo, por ultimo, diciendo que soy un pobre lugareño, y que me gusta mas observar la naturaleza que meterme á describirla; asegurando que si alguno de aquellos señores se dignase algun dia dar una vuelta por mi humilde vivienda quedaria satisfecho de la hermosura del país y de la pureza del cielo. Estas palabras me atraen todas las simpatías; todos estrechan mi mano; todos se informan de mi vida y posicion social; todos se ofrecen como amigos, y aun hay alguno que me alaba y asegura que el no publicar nada es la mejor señal de mi talento. Estos señores me reconocerán por superior á Homero y á Virgílio mientras no vean mi nombre en letras de molde.

LUDOVICO.

(1) *Locus est et pluribus umbris.* Vasto es el cuadro, y se presta á que se le añadan otras muchas figuras. Mas por desgracia este será probablemente el último que salga á luz de la famosa Puerta del Sol tal como la conocieron nuestros abuelos. La civilizacion ha introducido en ella su piqueta, y una nube de polvo anuncia que se ha empezado á derribar lo que sabe Dios cuándo se reedificará. En verdad que ha sido una idea fatal la de arrojar de la Puerta del Sol á los madrileños para cedérsela á los conejos.

EL NUEVO PALACIO DEL SULTAN,

en Dolmabagdsche, en el Bósforo.

El Sultan tiene muchos palacios en Constantinopla y sus alrededores, cuyo sitio favorito es el Bósforo. La causa del gran número de ellos, que probablemente se aumentará aun, es la circunstancia de que cada Sultan, al subir al trono, construye á lo menos uno y trata de que el suyo sobrepuje á los de sus antecesores en magnificencia y lujo. Es en efecto muy interesante observar cómo el gusto de los adornos y de la ejecucion ha variado á medida de la introduccion paulatina del arte europea y clásica. El palacio de verano de Beschiktasch, construido por el difunto Sultan Mahmud, es una mezcla confusa y recargada del orientalismo y de la antigüedad. Siendo la madera el material de este palacio, no está á propósito para las columnas, cornisas, etc. griegas. Para el nuevo palacio de Dolmabagdsche, que se está edificando para el actual Sultan, se emplean el mármol y la piedra, y la arquitectura se parece mas á la europea. El edificio se compone de un grandioso centro con dos alas. Llégase á él al través de un magnífico arco de triunfo. La obra estará quizás ya acabada á esta fecha, y se halla situada en la costa europea del Bósforo, cerca de Topschane y con el frente hácia el *Mar de Mármora*. La perspectiva que se tiene desde este palacio, es una de las mas hermosas en toda Constantinopla, y abraza á Scutari, el serrallo y la antigua Estambul á la derecha.

EL VIZCONDE DE BRAGELONNE.

Hace mas de un año que la BIBLIOTECA UNIVERSAL ha consagrado una de sus séries á publicar las obras escogidas del gran novelista de la época, de Alejandro Dumas, espléndidamente ilustradas con magníficos y numerosos dibujos por los mas hábiles artistas: estos grabados, que han puesto en accion las escenas con una verdad admirable, que han dado forma á los personajes con una exactitud estraordinaria, no son solo un adorno, sino una interpretacion interesantísima de las obras, que añaden un nuevo y poderoso encanto á estas ediciones. La BIBLIOTECA UNIVERSAL ha publicado ya *El conde de Monte-Cristo* y la continuacion *Francisco Picaud*, un magnífico tomo con mas de 400 grandes láminas, intercaladas en el testo ó tiradas aparte: *Luis XIV y su siglo*, con 180 grabados: *Los tres Mosqueteros* con 181 láminas, tiradas aparte ó en el testo: está terminando *Veinte años después*, que tendrá otras 180 láminas, y ha repartido la 1.ª entrega de *El Vizconde de Bragelonne*, que contendrá 113, de un mérito superior aun al de la ilustracion de las otras obras.

Estas cuatro obras contendrán por sí solas mas de 1,000 láminas: de las correspondientes al *Vizconde de Bragelonne* puede juzgarse por las que estampamos en la última página del presente número.

TRIBUNALES.

La sala de justicia criminal del Sena ha fallado la causa de la *Jóven Montaña*. Se ha supuesto como probado que esta sociedad secreta tenia por objeto la caida del gobierno actual y la proclamacion de la república democrático-social. De los 45 acusados, 9 han sido absueltos, y los demás han sido condenados á multas y prisiones mas ó menos graves, en particular Deleschuze, que juega el principal papel, á cuatro años de prision y 1000 francos de multa; Marchais, Closmadeuc, Vignerd, Lucas y Chauvin cada uno á tres años de prision y 1000 francos. Los demás á seis meses hasta dos años; y á 300 hasta 500 francos. Luego se ha sentenciado tambien la pérdida de los derechos civiles para un año hasta diez años.

2009 Ministerio de Cultura

PARIS DESDE MI VENTANA.

CUADRO DE COSTUMBRES.

(Aprobado por el censor.)

En primer lugar, es preciso deciros que mi ventana tiene vista sobre el boulevard, no sobre ese elegante boulevard en que los dandys y la gente de buen tono se reunen para formar todos los dias una segunda bolsa, determinando las noticias que deberán esparcirse al dia siguiente, á fin de conseguir sobre los fondos una alza ó una baja.

No vayais á creer tampoco que estoy desterrado sobre los boulevards del *Marais*, frente á las calles de *Roquette* ó de San Sebastian, no teniendo por perspectiva sino viejos árboles muy hermosos, pero muy tristes, calles angostas de árboles, desiertas por lo general, en las cuales aparecen de tarde en tarde algunos respetables habitantes de la calle Parde-la-Mule ó de las Trois Pistolets. Ese barrio se volverá tal vez muy alegre y muy activo cuando el nuevo teatro de San Antonio se halle en plena actividad; pero hasta entonces me permitireis que no sitúe en él mi habitacion.

Tomad el centro entre estas dos posiciones y os hallareis de positivo en el boulevard de San Martin, donde no hallareis las elegancias de la Calzada d'Antin, pero tampoco la tristeza del Marais, por mas que contempleis un poco de todo. Tendreis, pues, en el barrio de San Martin un París en pequeño, muy alegre, muy animado, muy divertido; un poco ruidoso los domingos, pero muy llevadero durante la semana.

El tal boulevard es una especie de linterna mágica, de la cual tengo el proscenio, y voy á describiros algunos de sus cuadros, suprimiendo sin embargo el que forman Mr. el Sol y Mad. la Luna, porque no os miro nunca ni al uno ni al otro, por no hacerme daño á la vista.

Coloquémonos en la linterna, ó mas bien en mi ventana, á las siete de la mañana; vais á ver el primer cuadro.

Entonces el boulevard está casi en calma; las tiendas no se han abierto todavía; porque ¿cuáles son por lo general las tiendas del boulevard? Almacenes de novedades, tiendas de estampas, de grabados, de libros, de juguetes y de dulces; fábricas de bolas de billar y de otros objetos que rara vez se van á comprar á las siete de la mañana, y por eso todos aquellos mercaderes no se apresuran á abrir sus tiendas: saben que las personas que han de comprar sus géneros no se ponen en camino tan pronto.

Observareis que los especieros y los mercaderes de vino son muy raros en este paseo: los rincones estan especialmente destinados para este género de comercio, lo que no deja de ser muy ventajoso para los boulevards.

En desquite, este paseo tiene una multitud de cafés. Por mi parte estoy viendo uno bajo mi ventana, otro enfrente de ella, otro á mi derecho y dos á mi izquierda; un poco mas lejos distingo tambien otros dos. Sin salir del boulevard en que habito puedo entrar en diez cafés. Júzguese bajo este dato el gran número de estos establecimientos que hay en París; y nótese que esta circunstancia da un nuevo mentís al pronóstico de Mad. de Sevigné, que anunciaba: «que el café pasaria como Racine, ó que Racine pasaria como el café.»

Como estos establecimientos se hacen cada dia mas brillantes, mas elegantes y mas ricos... (á la vista por lo menos) hasta el estremo de cansar los ojos el brillo de sus espejos, de sus marcos dorados y de sus antorchas de gas, ya comprendereis que los propietarios de estos fastuosos *Caravaneles* asiáticos no se levantan tan temprano como los mercaderes de vino y los especieros. Los mozos, cansados de haber velado hasta muy tarde, siguen el ejemplo de sus amos, y por eso á las siete de la mañana los cafés no estan abiertos.

Los coches de alquiler y los birlochos son raros todavía; y esto da á aquel momento una calma que sorprende. El obrero madrugador corre á ganar su jornal, teniendo bajo el brazo la tercera parte de un pan de cuatro libras, que comerá en su almuerzo, y con el cual un hombre de mundo haria seis comidas; las personas que se levantan temprano tienen por lo regular buen apetito.

Dos hombres se encuentran: es fácil conocer que son dos obreros. Pero el uno está vestido con aseo: su chaqueta tiene botones de metal, su gorra está colocada con gracia sobro su cabeza; en fin, gasta medias en sus zapatos, y lleva su pan debajo del brazo. El otro lleva un mal gorro encarnado inclinado sobre la oreja, á lo alborotador; está despechugado completamente; hasta su pantalon parece no poder sostenerse. En fin lleva en la boca un cigarro de *Chachipé* (término técnico!)...

Oigamos su conversacion. El segundo es el que habla.

—¿Adón lo vas tan corriendo, Paulard? aguarda un instante... no se pasa así por el lado de un amigo sin hacer una pausa.

—Hola! ¿eres tú, Beloches?..." ¡Te paseas con las manos en los bolsillos!... ¿Guardas acaso el miércoles tan bien como guardamos todos el domingo?

—¡Ah!... la semana está demasiado adelantada!... Ya no vale la pena los dias que quedan!... Ven pues á mojar la palabra...

—No es posible... hay mucho que hacer, y la obra urge...

—Voto va!... ¿Temes ser despedido?

—Necesito trabajar... amigo mio: tengo cuatro hijos que mantener.

—Y bien! ¿tu mujer no debe cuidar de eso?... Es acaso propio de la dignidad del hombre ocuparse de esa friolera?... Oye Poulard; es preciso que el hombre conserve siempre su dignidad... Estoy por las ideas nuevas!...

—Yo... yo estoy por mantener á mis hijos, puesto que mi mujer tiene bastante que hacer con limpiarlos y cuidarlos y con prepararnos la comida á todos nosotros.

—Pues qué... ¿no es deber de las mujeres barrer los cuartos y dar de comer á la chiquillería?... Poulard, eres un hombre atrasado en tu época.

—Vente á la taberna... Yo soy el que pago...

—Gracias: no puedo.

—No estas mal haragan!... Necesitarias ilustrarte con mis luces, Poulard!... Oyeme: es preciso conocer nuestros derechos y nuestra dignidad... Los hombres deben mandar y pasearse, y ocuparse de política siempre que les dé la gana.

—Y los hijos se morirán de hambre mientras tanto?...

—Pues qué!... ¿no son responsables las mujeres?... No lo entiendes!... yo estoy por el respeto de mi autoridad, y soy susceptible de avanzar mucho... mucho!...

—Me dirás el resto otro dia... Adios, Baloched...

—Oye, Poulard!

El obrero trabajador está lejos ya; el holgazan se encoge de hombros y se dirige hácia la taberna murmurando:

—No hay medio de hacer oir razones á ese ser... Nunca llegará á ser nada.

Los dos hombres son reemplazados por dos muchachas que antes de ponerse á trabajar vienen á buscar su taza de leche para el almuerzo cotidiano.

Ved á esa gruesa aldeana, de cara rolliza y de mejillas coloradas; viene todas las mañanas de Norsy-le-Sec con su borriquilla cargada de cajas de hoja de lata llenas de leche, y algunos cántaros en los cuales quieren persuadirnos que hay crema.

La borriquilla está colocada en la cuadra de un guarda, porque los borricos no tienen permiso para estacionarse en las esquinas de las calles ó de los boulevares: la municipalidad, en vista de que en estos sitios hay sobrados borricos, ha tomado tan sábia medida, para evitar en lo posible su concurso.

La lechera se ha establecido junto á una casa inmediata. Está rodeada de cajas y de cántaros.

Hállase á la sazon en uno de esos momentos de urgencia en que no sabe uno á quién atender. Todas las jóvenes, todas las criadas quieren ser servidas á un tiempo.

—Mi leche, Teresa, tengo prisa!... grita una.

—Mi leche, Teresa!... esclama otra; he trabajado hasta muy tarde esta noche, y necesito tomar café!...

—Lechera!... no me habeis dado mi leche!...

—Y yo tampoco he recibido mi pequeña racion!...

—A mí se me cortó ayer, y eso es capaz de hacer desesperar á un santo...

La lechera, tranquila siempre en medio de semejante diluvio de palabras, no se apresura mas: sirve á cada una de sus parroquianas, asegurando que su leche es siempre escelente; que cuando se corta es por culpa de las vacas. Después de desembarazarse de la multitud que la asedia, lanza una sonrisa á un guapo mozo, que en traje muy ligero se para delante de ella.

Es el mozo del panadero, que vuelve de llevar el pan á los parroquianos de su amo. Es de advertir que el mozo panadero gusta mucho de reir, y se vuelve loco por las lecheras: créese muy seductor y hace equívocos.

Las lecheras no entienden de equívocos; pero rien de muy buena gana al escucharlos.

Pero el cuadro se va haciendo mas animado. Despiértase París: las tiendas se abren, déjanse ver en sus puertas las jóvenes tenderas todavía con los papillotes en los rizos, y con pañoleta de mañana, deseosas de saber si sus vecinas han ostentado alguna mercancía nueva.

Los porteros y las porteras se reflejan de trecho en trecho como los reverberos. Apoyados sobre sus escobas, oyen á las criadas, y les distribuyen las nuevas mentiras que han podido recoger.

El portero de París es esencialmente embustero, chismoso y mala lengua. Yo sé de uno que se entretiene en escribir cartas anónimas á los arrendatarios de su casa, y viendo y soñando tantas cosas, introduce la discordia en las familias, en vez de barrer el umbral de su puerta.

Pero la hora avanza: el mozo panadero vuelve á tomar su cesto lleno de panes, que tiene puestos cerca de los cántaros de la lechera. Dirige á la rolliza moza una sonrisa de las mas seductoras; ella le contesta con alegría, y después se separa él para llevar su pan, ella para reunir sus jarros vacíos.

La lechera trata de marchar; vuelve á tomar su borrico para tornar á Norsy-le-Sec: esa lechera no conoce de París sino el camino que conduce hasta el sitio en que vendia su leche. Ahora ya no son les obreros, son los horteras y los escribientes de las oficinas los que vemos pasar.

El uno marcha rápidamente, llevando un panecillo en el bolsillo para tomar las once; lleva la levita abrochada hasta la barba, y va hablando solo como un autor de sainetes.

El otro se contonea, vaga, y mira á cada tienda; párase cuando riñen dos perros, así como delante de una casa que se construye, y á cada sitio donde se fijan carteles.

Aquellos desfilan como cohetes, sin mirar ni á derecha ni á izquierda, con aire afanoso, los rollos de papel debajo del brazo, bien cepillados siempre, y zapatos bien lustrados. Generalmente esta clase de empleados estan siempre vestidos con decencia.

Pero el tiempo del paso del empleado pasa pronto. Ahora se van percibiendo algunas personas que salen á hacer sus negocios, ó á manejar su comercio, en traje de mañana. Llevan llenas de barro las botas, en lo cual se distinguen al momento.

Cuando hace mal tiempo, estas personas marchan siempre sin paraguas, mientras que los dependientes de oficinas no salen nunca sin él, por pocas nubes de que la atmósfera se halle cargada.

Las tiendas ambulantes se ostentan en el boulevard. Estiéndense en portelana, tazas, teteras y platos, todo lo cual se vende al parecer muy barato; pero si atendeis á que esas piezas son de derecho, y que tienen siempre algun defecto, no os lo parecerán tanto.

¿Quiénes son aquellos dos hombres con levitas abrochadas hasta la barba, y cubiertos con gorras cuya visera les baja casi hasta la nariz? A su acento, al sello nacional impreso sobre su fisonomía, debereis reconocer inmediatamente á los descendientes del grande Abrahan, de los hijos de Israel, de esa na-

Nueva iglesia protestante (de la confesion de Augsburgo) levantada en el arrabal Gumpendorf de Viena.—Su construccion principió en 1845 y concluyó en 1848.

2009 Ministerio de Cultura

cion tan largo tiempo perseguida, y que no por eso deja de hacer su camino por el mundo.

En general las gentes que son perseguidas consiguen siempre gloria ó fortuna.

Los judíos han nacido comerciantes; yo no digo esto por afrentarlos; muy al contrario, les dirijo elogios: el comercio es la única verdadera riqueza que existe en el mundo: todas las demás son de convencion. El oro, la plata y los billetes de banco no tienen valor sino porque queremos dárselo. Pero el comercio que lo hace mover todo, que da actividad á tantos millones de hombres, que hace viajar desde el uno al otro polo el producto de nuestras fábricas y los géneros de nuestros climas, no es riqueza de convencion: ella da la vida á las demás.

Deciamos pues que los descendientes de Israel han nacido comerciantes, como los italianos han nacido músicos, los ingleses pensadores, los alemanes fumadores, y burlones los franceses. A la edad de ocho ó nueve años vereis á algunos chiquillos que se pasean con un cajon delante: ellos comienzan por buscar un alfiler: á este reunen otros; cuando han llegado á tener un ciento, principian á establecerse: es decir, á hacerse mercaderes de alfileres.

Al cabo de algunos años, estos insignificantes mercaderes ambulantes poseen una tienda; algo mas tarde algunos almacenes; después buques en los mares; y después... ¡quién sabe si podrá averiguarse adonde irán á parar!

Pero volvamos á esos caballeros que acaban de estacionarse en el boulevard.

El uno de ellos saca de debajo de su levita una especie de banquillo de tijera, sobre el cual coloca una caja chata y cuadrada, cuya cubierta se levanta y deja ver una infinidad de sortijas y alfileres con piedras de todos colores; ya veis que esa forma desde luego una tienda.

Este personaje se pone á gritar desde luego:

—Aquí teneis, señores y señoras, escoged en mi tienda!... Todas son joyas finas, y piedras preciosas engarzadas en oro!.. Tienen la marca del contraste; y de ello podeis asegurraros. No trato de engañaros!... A treinta sueldos sortijas de oro!... esto se vende tan barato por causa de una quiebra; es dado por nada!... aprovechad la ocasion.

Mientras aquel hombre hace así el elogio de su mercancía, dos de sus camaradas, encargados de hacer el papel de compadres, se paran delante de la tienda ambulante colocada juntamente en medio del boulevard; parecen muy ocupados

San Bonifacio muriendo como mártir; parte del carton que representa la propagacion del cristianismo, por Gustavo König.

en escoger allí sortijas y alfileres. Las admiran, y con ellas se estasían. Después registran sus bolsillos; y sacan una pieza de cinco francos; hacen volverse los cambios, y todo este manejo dura mucho tiempo, porque durante él confian en que su ejemplo atraerá algunos bobos, ó algun palurdo que se dejase arrastrar por el ejemplo, y querrá regalar una sortija á su mujer ó á su hija comprada á tan poca costa.

En efecto, los bodoques se paran, miran, escuchan, pero muy pocos de ellos compran. El parisiense se va haciendo difícil de engañar.

Pero, además de los compadres que rodean la tienda y hacen papel de compradores, hay otros colocados de distancia en distancia en el boulevard; centinelas avanzados encargados de dar la alarma tan pronto como un alguacil ó un agente de policía se deja ver en el horizonte. Parece que las joyas tan bien contrastadas temen mucho las miradas de la autoridad; porque en el momento en que un centinela avanzado da la alarma, es cosa digna de verse la destreza con que el mercader de joyas cierra su caja, recoge su silla de tijera, hace desaparecer su tienda, y se escapa por entre los transeuntes.

En su precipitacion, dejan caer parte de sus mercancías y no osan pararse á recogerlas.

Esto os prueba que existen en París singulares industrias, y que no es oro todo lo que reluce.

Los coches y los birlochos se cruzan, los ómnibus y las argelinas pasan casi á cada instante. Se va haciendo tan fácil y tan poco costoso el hacer visitas en coche, que estoy sorprendido de ver tantos á pié en París.

Son las dos: el cuadro se halla en su apogeo. Qué movimiento!... qué variedad!... qué contrastes en esas figuras y en esos personajes!.. Allí se hacen notar las jóvenes y hermosas mujeres, elegantes y graciosas, saliendo para pasearse, y hacerse admirar sus personas y su tocado; aquí aparece la pobre que vive de su trabajo envolviéndose á duras penas en un chal viejo usado.

Después un jóven de mediana edad, que tiene espesos bigotes que se reunen á enormes patillas, una real perilla en la barba, un sombrero algo puntiagudo hácia la estremidad, y debajo del cual ondean cabellos ensortijados y rizados con esmero.

Allí abajo un hombre con chaqueta de pana, pantalon de lo mismo, sin chaleco, y con muy pocos botones en el pantalon y en la chaqueta, lleva una camisa abierta que deja ver el pecho de aquel hombre; de cuya suerte nos informa que su cuerpo tiene mucha se-

2009 Ministerio de Cultura

mejanza con el de un oso; conocimiento sin el cual nos hubiésemos podido pasar muy bien.

Este personaje despechugado, cuya fisonomía animada y ademan vacilante, hablando alto, cantando, andando, y afectando tener el mas desvergonzado prurito de hacer oir las palabras mas indecentes al pasar al lado de una mujer de aire honesto, ó por cerca de una jóven de ademan sencillo, pasa libremente, pues nadie hay que tenga la caridad de castigar sus indecencias. Esta clase de hombres que se atreven á lanzarnos al rostro sus vicios, su infamia y su aliento infestado, ¿no son acaso tan dignos de castigo como esos míseros tenderos sin patente? En Francia no hay suficiente severidad para castigar esa clase de delitos que van haciéndose sumamente comunes, desde que tenemos la dicha de poseer una libertad que tantas gentes traducen por la licencia.

Pero ¿quién es esa anciana pareja que desemboca por una esquina del boulevard, y parece quererlo volcar todo á su paso?

La mujer es muy fea; pero en desquite tiene aire muy desagradable. Es alta, flaca, larga, seca y amarilla; tiene un inmenso sombrero, sobre el cual hay flores, plumas, encajes y crecidos lazos de cintas; ese sombrero debe cansar mucho á la persona que lo lleva, y cuando el viento se emboca en todo ese conjunto será preciso que esa señora tenga alguno que detenga su gravedad sobre la tierra, sin lo cual su sombrero la haria hacer una ascension.

Pero todavía no lo hemos visto todo. Bajo el sombrero hay una cofia, y esta cofia está adornada con frutas artificiales.

Ya sabeis que la moda ha reemplazado durante algun tiempo las flores por las frutas. Esta señora habrá conocido probablemente que este adorno convenia á su fisonomía, porque lleva á cada lado de sus carrillos un racimo de uvas, y sobre la frente un ramillete de grosellas encarnadas. Figuraos ahora esta flaca y antigua cara, amarillenta, rodeada de uvas y de grosellas, y cubierta de plumas y de flores, y no os sorprendereis si todos se vuelven al pasar al lado de aquella señora, y si algunas personas esclaman:

—¿Qué es eso?.. habeis visto ese fantasma que acaba de pasar?

—Sí!.. me ha dado miedo!.. parece una momia ambulante!..

—A mí me ha hecho el efecto de un gran mono disfrazado de mujer.

—Será alguna señora forastera que estará tomando los aires para cobrar la salud.

—Oh! parece sumamente enferma!...

Y la grande señora, que algunas veces oye lo que hablan, dirige miradas furibundas sobre la plebe, y estrecha el brazo de su marido diciéndole:

—Andad, Mr. Mollet; nos haceis estar en medio de esta gentuza!.. capaces son de robarme el casimir de encima de los hombros, y ciertamente no sereis vos quien corra tras del ladron!..

Mr. Mollet es un hombre bajo, repleto, colorado y patizambo, que lleva constantemente sobre sí una envoltura entera de franela, y por cima dos camis s, un calzoncillo de punto, un pantalon de cuero lana, dos chalecos, una casaca, una levita, y un paletó.

Ya conocereis que á esta gruesa masa debe costarle mucho moverse: cuando Mr. Mollet quiere buscar su pañuelo de bolsillo, principia por suspirar; se para, suelta el brazo de su mujer, la entrega el baston para que se lo tenga y trata de hacer uso de sus manos; pero nunca está completamente seguro de en cual de sus bolsillos ha puesto su pañuelo. El exámen suele ser tan largo, que Mad. Mollet pone muchas veces fin á él, prestando su pañuelo á su marido, que lo toma con aire agradecido murmurando:

—Gracias, bobona!.. no te lo ensuciaré!.. Solo hay agua en mis narices!...

Mr. Mollet vuelve á tomar su baston y el brazo de su mujer; la anciana pareja se pone de nuevo en marcha; la dama, persuadida de que todos deben hacer sitio delante de ella porque lleva sobre sus hombros un verdadero cachemir de Indias; y el marido tan necio como su mitad, creyendo que todos admiran su bello alfiler de diamantes y su hermoso baston con puño de oro.

No necesitaré deciros que esas gentes estan lejos de ser condes y marqueses. La verdadera nobleza podrá ser altiva, vanidosa ú orgullosa; pero ridícula nunca.

La Rochefocault ha dicho: «El acento del país en que uno ha nacido, permanece en el espíritu y en el corazon como en el lenguaje.»

(*Continuará.*)

REVISTA DE LA ESCUADRA INGLESA EN SPITHEAD,

EL 11 DE AGOSTO DE 1853.

Si se piensa en el número tan insignificante que al principio de su creacion tenia la escuadra inglesa, y se la compara con las proporciones gigantescas que ha adquirido en nuestros dias, hay fundado motivo para tener un sumiso respeto al tridente, al imperio insular de los ingleses. En los primitivos tiempos de la armada británica se fundaba y se conservaba este con las contribuciones de las corporaciones ó con los donativos voluntarios de los ricos comerciantes y de los lores. Enrique VIII se veia obligado, en caso necesario, á pedir buques á las ciudades anseáticas ó á las ciudades comerciales del Mediterróneo. La primera piedra para el poder de la marina inglesa puso la reina Isabel, bajo cuyo reinado fué batida la orgullosa armada de Felipe II. Entonces constaba la escuadra inglesa solo de 40 buques, de los cuales solo cuatro llevaban 40 cañones, y únicamente dos e an del porte de 1,000 toneladas. Muchos de dichos buques tenian un porte mas pequeño que en la actualidad muchos yates en el Támesis. Toda la armada inglesa contaba en tiempo de Isabel tan solo 674 cañones. El sucesor de Isabel, el rey Jacobo I, contituó con ahinco la obra principiada por esta reina. Aumentó la cantidad de 10,000 libras esterlinas que se empleaba anualmente en la marina, á la de 50,000 libras, y suministraba además de los bosques reales anualmente la madera por valor de 36,000 libras esterlinas. Cuidaba principalmente de la construccion de grandes buques, y bajo su reinado se botó al agua el buque mayor que hasta entonces habia visto la Inglaterra; y con todo el poder gigantesco de aquellos tiempos no tenia sino 64 cañones y 1,400 toneladas. La tripulacion de los buques estaba durante mucho tiempo en un estado muy triste. Hasta la guerra con Holanda en el año de 1665 los marineros sabian casi nada y la participacion del combate se reducia meramente á los soldados que de cualquier regimiento se metian en los buques. La reina Ana fué la primera que creó un regimiento especial de soldados de marina, que fué el orígen del actual cuerpo tan escelente de marinos. Pero hasta el año de 1748 no recibió la marina inglesa un uniforme especial. Estos fueron los débiles principios de un poder que proporciona actualmente al nombre inglés un respeto muy grande en todos los mares del mundo.

En nuestros dias consta la marina de la Gran Bretaña de 326 buques con 13,121 piezas de artillería y 162 vapores, sin contar los buques de aduaneros, los guarda-costas y buques de penados, y en esta inmensa escuadra sirven 178 oficiales que llevan pabellon, 32 jefes superiores de arsenales (Dockyarbs), 66 capitanes de navío, 99 *commanders* (los que mandan buques de menor porte), 431 tenientes de navío, 160 *masters*, 64 capellanes, 25,541 marineros y 11,022 soldados de marina (1).

En los tiempos mas recientes se presentó á la vista embriagada de júbilo de la Inglaterra un espectáculo como nunca habia visto, á saber, la revista de la escuadra en Spithead el 11 de agosto de 1853. En este dia estaba el tiempo el mas hermoso que podia tenerse, y los que tuvieron la suerte de encontrar camas en Portsmouth habian madrugado mucho. Cada buque que podia izar una vela, habia salido al apuntar el dia, y la tripulacion de los diferentes vapores, yates y botes rivalizaban en sus afanes de tomar á su bordo espectadores á los precios de 3 chelines hasta 2 guineas por persona. Los vapores que hacen el trayecto regular desde Portsmonth á la isla Wight, se hallaban tan atestados de espectadores, que muchas personas se desmayaron. Los alrededores de Spithead, donde se hallaba la escuadra, ofrecian á estas horas y desde el puerto la vista de una mezcla confusa de buques de toda clase y porte que de todas partes venian en direccion hácia la escuadra. Poco á poco principiaban los vapores destinados por el gobierno al trasporte de los espectadores á salir del puerto. *Hecla* y *Lizard* fuéron los primeros; á las diez les seguian el apuesto *Estramboli* y el *Buldog*, que contenian á los miembros de ambas Cámaras. Un cuarto de hora después abandonó el puerto el *Vivid* con los individuos del cuerpo diplomático. En seguida levantó las anclas el pequeño vapor el *Fairy*, que, adornado con el pabellon ruso, llevaba á bordo al príncipe heredero de Wutemberg con su esposa la gran duquesa Olga y al príncipe de Prusia, y entonces es justamente cuando el vapor gigantesco el *Wellington*, que llevaba el pabellon del almirante, y todos los buques que componian la escuadra, hicieron resonar el estampido de sus cañones, que anunciaba la aproximacion de la reina de Inglaterra en el yate Real el *Vitoria* y *Alberto*. Detrás de este navegaba el *Bleack Eagle* (águila negra) con los lores del almirantazgo. El modo con que la reina fué saludada por los baluartes de madera de la Inglaterra, era en efecto admirable. Desde el disparo del primer cañonazo hasta el último, trascurrieron apenas tres minutos; se hizo por lo tanto el fuego con una rara precision. El efecto de este cañoneo era grandioso; el trueno de las piezas de artillería atontaba al oido, y durante un largo rato estaba toda la escuadra envuelta en una nube espesa de humo. Pero al cabo de algunos minutos se mecia la escuadra otra vez espedita á la vista de todo sobre el espejo del mar. Al acercarse la reina á Spithead, saludaron tambien al yate Real la fragata (*Gefion*) y corbeta prusianas que anclaban allí. Pero mas sublime que el trueno imponente de los cañones con que se recibió á la reina, fueron los entusiastas *Hurrahs* (vítores ingleses) que resonaban de cada *man-of-war* (literalmente: hombre de guerra; esto es, navío de línea) al pasar el yate Real. La reina y el príncipe Alberto se hallaban en la cubierta y miraban gustosos, y en union con el príncipe de Gales (príncipe hereditario) y el príncipe Alfredo, que ambos llevaban el traje de marineros, la magnífica escena. El yate Real fué en direccion al buque de pabellon, el *Wellington*, porque la reina tenia intencion de honrar con su visita al almirante de la escuadra, Sir Tomas Cochrane. Un bote se bajó al mar, y en pocos momentos fueron las personas Reales conducidas á bordo del *Wellington*. Así que la reina pisó el bordo de este buque, izó el pabellon Real, y esto dió otra vez la señal á toda la escuadra para renovar las salvas atronadoras. Un segundo bote fué en busca de las personas Reales del *Fairy*, mientras que los lores del almirantazgo abandonaban el *Bleack Eagle* para trasladarse al *Wellington*. Este navío tuvo entonces la grande distincion de llevar tres pabellones; en el palo mayor el pabellon Real, en el palo de trinquete el del almirante Sir Tomás Cochrane, y en el de mesana el pabellon del primer lord del almirantazgo. La reina inspeccionó con mucha atencion el *Wellington*, y tardó mas de una hora en volver al *Vitoria* y *Alberto*, acompañada de sus huéspedes y de los lores del almirantazgo.

El yate Real se dirigió á distancia de una milla al Este, y dió tambien á la escuadra la señal de ponerse en movimiento. El tiempo era magnífico, y en el agua azul y tranquila reflejábanse los dorados rayos del sol.

El yate Real, rodeado de la escolta de los buques que le pertenecian y de miles de embarcaciones de todas clases, que llenaba un público ansioso de mirar este espectáculo, y frente á la poderosa escuadra cuyos navíos de guerra, fragatas, corbetas, etc. zarpaban en este momento, formaban una perspectiva única en su clase y que rara vez se volverá á ver. La escuadra, compuesta de los buques siguientes: *el duque de Wellington*, *Agamemnon*, *Hogue*, *Blenheim*, *Ajax*, *Edimburgo*, *Arrogante*, *Imperioso*, *Tribuna*, *Highflyer*, *Desperate*, *Odin*, *Encounter*, *Leopardo*, *Sidon*, *Vaporous*, *Vesubio*, *Terrible*, *Magscienne* y *Conflict*, navegó tambien en direccion al Este con una velocidad de á lo menos nueve millas por hora, conservando cada buque su posicion con la mayor exactitud. Después de haber andado de esta manera mas de seis millas, presentóse la escuadra enemiga, mandada por el almirante Janshawe, y que se componia de los buques siguientes: el *Princ Regent*, *Queen* (Reina), *London*, *Amfion*, *Vulture*, *Barracenta* y *Driver*. Con la primera escuadra permanecia el yate Real. Esta adelantóse entonces en órden de batalla, y se aproximó poco á poco á la escuadra enemiga, que aun se hallaba distante de ella unas cinco millas. Así que estaban suficientemente próximas la una de la otra, empezó el combate y resonó de nuevo con terrible fuego de cañon. Cuando por fin se suspendió el fuego y el humo de la pólvora se habia dispersado, notóse que la escuadra enemiga habia emprendido la retirada. Esta se dió por vencida, y entonces dió el *duque de Wellington* la señal para carrera general, en la cual demostraron de una manera brillante los buques de hélice su velocidad. A las cuatro volvió toda la escuadra á Spithead, donde tuvo lugar otro combate entre el *Magicienne* y *Conflict* por una parte y los botes cañoneros de la escuadra por otra parte, que duró media hora. La reina permaneció en el mar hasta las siete de la tarde, cuando todo habia acabado.

La escuadra de Spithead llevaba 1,076 piezas de artillería, de las cuales las mas pequeñas eran de á 32, la mayor parte de á 68, y las mayores de á 84. Los buques estaban tripulados con unos 10,000 hombres entre marinos y soldados de marina. Las máquinas empleadas en los vapores tenian la fuerza de 10,410 caballos.

(1) Estos datos tienen la fecha del año pasado, pues á estas horas y con motivo de los armamentos hechos por la Inglaterra para la guerra contra la Rusia que acaba de declararse, son los guarismos mucho mas subidos.

REFORMAS EN EL SISTEMA CARCELARIO.

Objeto de especial solicitud de todo gobierno es el cubrir con segura egida á las leyes, mientras que por otra parte descuida y aun abandona otros resortes, los cuales contribuyendo poderosamente á mejorar la situacion intelectual y material del pueblo, constituyen un seguro instrumento para precaver é impedir la infraccion de las leyes.

La miseria y la ignorancia son generalmente el orígen del vicio y de los crímenes consiguientes: así es que otra sería la suerte de los estados si se destinára, aun cuando no fuera mas que la mitad de las cuantiosas sumas que les cuesta el castigo y resguardo de los criminales preferentemente para cegar aquellas fuentes. No cabe duda que mucho se ha hecho en nuestros dias para favorecer este ramo de la administracion; pero en general es la reforma del sistema carcelario una de las mas apremiantes necesidades de nuestros dias; y como los sentimientos verdaderamente humanos forman un papel predominante, nos vemos en la necesidad de arrojar el guante al sistema celular pensilvánico, que continúa teniendo un cúmulo de partidarios; y lo hacemos tanto mas, en cuanto exigimos decididamente del sistema penal que esté en íntima armonía con la civilizacion de un pueblo, pero aun mucho mas por la razon que el encarcelamiento bajo el concepto de poner á salvo los intereses de la sociedad, ha de corregir al culpable en vez de oprimirle física y moralmente. Una solucion en estremo notable, concerniente á la cuestion del sistema carcelario, nos presenta el caballero Appert en su tratado mas moderno titulado; *Las cárceles*, quien se ha fijado como norte y pauta principal de sus estudios, la reforma de las cárceles; él se ha declarado acérrimo antagonista del sistema celular, y para entrar en el camino de la discusion relativa, nos adherimos en la parte mas esencial á dicho autor.

Cuando á fines del siglo próximo pasado se puso en planta el sistema celular en Filadelfia, patria del señor Appert, no tenia remotamente el viso tan austero que después tomó. El total aislamiento de los presos solo se verificaba en casos estremos, colocándose entonces hasta veinte de estos en cada uno de los espaciosos dormitorios, trabajandor eunidos en los talleres; y en cuanto al silencio, solo se le observaba hasta el punto que no quedara menoscabado el órden y el sosiego durante el trabajo. Este prudente sistema degeneró empero bien pronto: concibióse el plan de conseguir la correccion del preso por él mismo, es decir, entregándole á su propia reflexion; y para llevarlo mejor á cabo, dictóse un silencio sistemático, determinacion, que salvo algunas modificaciones, fué tambien adoptada en las cárceles y casas de reclusion en otros Estados de América, en Francia, Inglaterra, Prusia, Bélgica, Suecia y la Suiza, sistema que tomó un rumbo mas ó menos ingenioso: los hubo pues donde se encerraban presos en una localidad muy estrecha, como de ocho á diez piés cuadrados, con absoluto aislamiento de otros seres humanos: en otras partes, aun cuando vivian reunidos, condenábaseles á un riguroso silencio tanto de dia como de noche; los presos colocados unos al lado de otros, tenian que hacer sus labores sin poder levantar siquiera la vista, ni despiegarse de sus lábios una sola palabra, y hasta los alcaides y demás dependientes les hablaban solamente por señales.

En alguna que otra parte ha sido el rigor de este sistema en un tanto mitigado, quedando empero siempre como base principal la completa reclusion y el silencio. No se tomaba en consideracion que el hombre en virtud de su organizacion física, necesita tener indispensablemente trato con otros hombres, y que la privacion de todo trato no puede de ninguna manera producir en él buenos resultados morales. Para que el criminal volviera en sí creíase como muy conducente el observar en las cárceles un silencio sepulcral: así es que no se oia voz, ni apenas pasos humanos; todo se hacia con el mas profundo silencio. Los encarcelados pudieron ser observados en su prision sin que se apercibieran de ello; en fin, ni siquiera les era dado el hablar consigo mismo. Ya queda mencionado que este silencio tenia lugar con la misma rigidez cuando los presos trabajaban en comunidad, como cuando se paseaban al aire libre, en cuyo caso marchaban silenciosos unos detrás de otros. ¿Cómo era posible que tamaña disposicion produjera la inmediata correccion, objeto sin embargo el mas esencial del castigo mismo? La mayor parte de los criminales, como es sabido, se hallan respecto á educacion y cultura en una esfera bastante baja: así es que el abandonarle á su propia reflexion, á sus estraviados sentimientos, fué á la verdad un medio singular para conducirle á mejor camino. Conociéndose por fin que todo esto no conducia al resultado propuesto, se ensayó el hacer susceptible el corazon del penado al arrepentimiento y á su correccion con visitas y conversaciones de parte del director, tanto temporal como espiritual del establecimiento. Esto, como tambien el consentimiento á que el preso trabajase en su celda, presentaba ya una notable mitigacion en el rigor del sistema celular; mas el carácter del sistema mismo quedaba en su parte mas esencial el mismo, mayormente cuando con el cúmulo de presos no podian verificarse aquellas visitas con la frecuencia que era menester, y la ocupacion en las celdas se circuns-

2009 Ministerio de Cultura

cribia al monótono trabajo de hilar. Anburn, que comprendió esto, introdujo el sistema conocido bajo su nombre, á saber: el que los presos trabajasen en comunidad; pero no quiso prescindir del silencio; de manera que en vez de ser un alivio, fué para el preso, si cabe, aun mas penosa la situacion.

Si nos fijamos por un momento en el sistema celular, en el sistema de la total reclusion y el silencio, si sentamos por principio que los encarcelados, aun cuando lleguen á verse solos, sucede á grandes distancias, y aun entonces con careta puesta, se nos agolpa á la imaginacion como es muy natural, la pregunta: ¿y á qué debe conducir tanto rigor?.. Hasta los partidarios del sistema pensilvánico estan ya de acuerdo que con su aplicacion no se hace mas que engendrar en el ánimo del preso, en vez del deseo de mejorarse, un odio declarado á la sociedad. Y qué efecto destructor no produce el sistema celular sobre la salud física; semejante vida va minando poco á poco todo el organismo humano, y concluye ordinariamente con la locura, enfermedad que ha llegado á ser caso infalible en las prisiones celulares: es decir, que el preso se destruye física y moralmente á pesar del grande interés con que mira el estado la situacion de estos seres desgraciados.

Si pues los partidarios del sistema celular, no desconociendo sus grandes defectos é inconvenientes, insisten en su conservacion, deberán basarse á lo menos en algunas razones. Vamos á oirlas: Proponiéndose estos mismos y en primer término el corregir á los encarcelados, consideran que el reunirlos es causa de mayor corrupcion, y así abogan decididamente por el sistema celular. No podemos ciertamente negar semejante peligro; pero tambien sabemos que la esperiencia ha demostrado que el aislamiento produce igualmente mayor corrupcion y tenacidad. Partiendo pues de este principio sancionado en el campo de la esperiencia, desaparece toda razon que se trata de alegar en defensa del sistema pensilvánico, mayormente si el axioma de que todo sistema penal tenga por norte predominante el corregir al culpable, y no destruire física y moralmente, ha de ser una verdad.

La ciencia del ramo de cárceles, como dice Appert, persona bien autorizada en estas cuestiones, ha de ser todavía creada. Es á la verdad muy doloroso que nuestras instituciones sociales hagan necesaria semejante ciencia; y así séanos lícito el consignar aquí con breves palabras algunas de las reformas principales que á nuestro juicio deberían adoptarse en el sistema carcelario.

El aislamiento de los presos le consideramos de noche del todo indispensable, por razones de moralidad y de órden, mientras que de dia quisieramos verlos trabajar en comunidad bajo la mas severa inspeccion y una sobre vigilancia bien entendida, formados en cuadrillas ó secciones, para cuya organizacion se tomaría en cuenta las circunstancias individuales, como la edad, índole si puede ser, y sobre todo la clase de delito cometido por los penados.

Débese muy particularmente tomar en cuenta la inclinacion, capacidad, y disposicion del individuo en particular, para destinarle á tal ó cual ocupacion, y para irle inclinando á la laboriosidad, no debiéndose de manera alguna hacer abstraccion de las labores agrícolas y otros trabajos al aire libre. Si el preso va sufriendo su condena como es debido, si se nota en él aplicacion, es muy oportuno que se le proporcione alguna recompensa, como por ejemplo, permitirle que trabaje algunas horas ó dias á beneficio de sus ahorros respectivos. Para despertar en los presos mejores sentimientos é inclinaciones, ha de contribuir eficazmente la direccion espiritnal: no queremos empero circunscribir este resorte poderoso á las amonestaciones y prácticas puramente religiosas, sino que ha de abrazar cuanto pueda favorecer el ennoblecimiento del corazon y de las costumbres. Tambien producirá un efecto en estremo saludable si después de haber sufrido la condena pudiera el preso esperar, que restituido á la sociedad, no se viera espuesto á una postergacion humillante, de que se le proporcionase los medios para ganar inmediatamente su sustento, ni que durante su encarcelamiento dejara el estado á la respectiva familia enteramente desamparada.

Naturalmente para lograr resultados positivos es imprescindible que las personas que van á encargarse de la direccion de esta clase de establecimientos juntamente con los dependientes respectivos, tengan la conveniente instruccion, tanto teórica, como práctica. Daríamos en caso decididamente la preferencia para capataces y vigilantes á individuos de la clase de tropa que á sus buenos servicios y á una conducta irreprensible unieran un corazon dado á los sentimientos humanos y á una compasion bien entendida.

Si á los amigos de la reforma del sistema carcelario se les hiciera la objecion de que quieren mejorar la suerte y condicion de los penados hasta el punto de hallarse estos en situacion mejor que las clases jornaleras, y que en su consecuencia nada tendría de estraño que muchos deseáran el verse en semejantes establecimientos, puede contestárseles con las palabras sentadas en el principio de este escrito: «Cegad las fuentes del crímen con la mejora positiva de la situacion intelectual y material del pueblo, y asegurad con vuestras leyes é instituciones sociales á los que estan disfrutando de libertad, una situacion tal que la inclinacion y tendencia para el crímen quede atenuada, y entonces no correreis este riesgo; y será tambien cometido mas fácil el estudio y la ciencia de un sistema carcelario bien entendido.»

BOSQUEJOS DE CONSTANTINOPLA.

LAS MUJERES TURCAS.

Las calles de dicha ciudad se parecen casi todas y se hallan animadas por una muchedumbre que en todas ellas es la misma. Aquí se hallan señoras que estan haciendo compras, allí andan otras destapadas que son todas solteras. Una tienda que vemos al paso, es uno de los muchos almacenes de géneros de todas clases que se encuentran tambien fuera de los bazares. Mas allá pasa á caballo un Bajá, y un aguador va con paso alegre á desempeñar su oficio. El conjunto es el espectáculo de una vida bulliciosa y variada de continuo, que en ninguna parte se encuentra de la manera tan estrañamente peculiar como en las ciudades del Oriente, y sobre todo en Estambul, la morada del Padischah (sultan).

Puesto que las señoras forman el rasgo principal de nuestros bosquejos, aprovecharemos esta ocasion para dar á nuestros lectores, y en particular á los del bello sexo, una pequeña idea del traje que llevan las señoras. Y en efecto, parece que el traje de las musulmanas es mas bien calculado para desfigurarlas que no adornarlas. Su objeto no parece ser el de hacer resaltar las hermosas formas del cuerpo, sino de ocultarlas; y así es realmente. Todos los atractivos y encantos de las mujeres son únicamente para su señor y la casa de este, y cuando salen, llevan en cierto modo todo el serrallo consigo: así que abandonando aquelias la casa para ir á las tiendas, á la mezquita ó al baño, se embozan en el traje mas grosero y desairado que existir puede. Llevan unos pantalones anchos, anchísimos, un corpiño con unas mangas igualmente larguísimas y anchas, pañuelo blanco al cuello, y sobre las espaldas un sobretodo cuadrado, de forma muy fea y parecido á un capote, cuyo sobretodo se llama *Feridsch*. Este se halla cortado con toda intencion y de tal modo, que oculta enteramente el cuerpo de su dueña y hace aparecer enteramente iguales á las viejas y jóvenes. El color de los pantalones y de la capa es variado; sin embargo, para la última parecen predominar el verde, el de naranja, el pardo-rojizo y azul claro. La cara, á escepcion de los ojos y de una parte de las narices y de la frente, se halla cubierta por el *Pachmak* (un velo doble de muselina) cuya parte superior está atada encima de la frente, mientras que la inferior descansa sobre la punta de la nariz, y por debajo de la barba. Este estraño adorno se asemeja casi á un yelmo con visera.

A veces son estos yelmos de muselina tan delgados y trasparentes, que pueden reconocerse casi perfectamente las facciones y hasta el color de la cara de las señoras, armadas con ellos contra la curiosidad de los transeuntes. Los observadores muy perspicaces pretenden haber hecho esta observacion, particularmente en las señoras viejas. Pero de todos modos, produce esta ocultacion una desagradable impresion, pues casi las narices se achatan, la boca se comprime y toda la cara se desfigura de una manera horrible. Cuando la tapada de esta suerte desea comer, beber ó fumar, entonces se quita la parte que cubre la barba. Siendo las medias una cosa que las turcas no acostumbran, introducen sus pies en una especie de botitas turcas, de color amarillo claro y sin suelas. Estas llegan comunmente hasta un poco mas arriba de los tobillos y se meten en unas pantuflas, que se componen de una suela gruesa que tiene en su parte anterior un pedazo de cuero, parecido á la pala de los zapatos, á fin de entrar en él los dedos y de sujetar con estas toda la pantufla. Esta circunstancia es la causa del modo feo, pesado é inseguro de andar de las mujeres turcas, que debe sin remedio desagradar á la vista de un europeo. Cuando llueve mucho y las calles de Estambul se trasforman en pantanos y charcas, llevan ademas sobre dichas pantuflas un par de chanclos muy altos que se sujetan al pié por medio de una agarradera de hoja de lata (y no de cuero) y de las caules se sirven tambien en los baños cuando han de pasar por encima de las tablas mojadas.

LOS ULEMAS.

En la actualidad, cuando el poder de los genízaros existe solo en la memoria y en los anales de la historia, constituyen los ulemas la clase mas influyente en la Turquía; esto es, la de los doctores, letrados ó gente científica. Sóbre el significado de esta palabra hay aquí y allí tan estraños pareceres, que no dejará de ofrecer algun interés si damos una breve esplicacion de lo que bajo la denominacion de ulema debe comprenderse. La forma de gobierno de la Turquía es, segun es sabido, monárquico-teocrática: el Koran es el supremo código de las leyes, no solo en asuntos religiosos, sino tambien en los civiles y criminales. Así es que la palabra *ulema* abraza á todos los hombres de leyes, igualmente á todos los eclesiásticos, y hasta en sentido mas lato á los estudiantes y frailes. A la cabeza de esta corporacion numerosa y muy respetable, que, segun iremos viendo, tiene una organizacion sumamente artificiosa, hállase el Scheich ul Islam ó el Mufti. Desempeña este la superior dignidad eclesiástica en el estado; es el jefe de los jurisconsultos y teólogos, y se le designa tambien por títulos ó nombres honoríficos especiales, como v. g. el *Consejero del hombre*, el *Mar de las ciencias mas variadas*, etc. Desde Mahomed II tiene el mufti de Constantinopla la preferencia sobre todos los demás muftis del imperio y el título de Scheich del Islamismo, y en el reinado de Suleiman adquirió el mando supremo sobre el cuerpo de los ulemas. Aunque es el jefe principal de los jueces, sin embargo no tiene mas que un voto consultivo en los fallos ó decisiones. Pero como oráculo de la ley goza de la mayor consideracion, y ya ha sucedido varias veces que por su influencia los sultanes han perdido el trono y la vida. Su destino es vitalicio. A sus inmediatas órdenes hállase el Scheich ul Isman Kiadschehi, quiere decir el vice-mufti, despues el Telchifidschi ó sea consejero relator, luego el Mektubdschi ó canciller, y por último el Fetwa Emini ó jefe de la cancillería, el que redacta las soluciones del mufti sobre cuestiones dudosas en asuntos del derecho y religiosas que le hayan sido propuestas.

Bajo este consistorio ó consejo superior se halla la corporacion toda de los ulemas, divididos estos en jueces, legisladores consultivos, servidores del culto religioso ó sacerdotes, y profesores ó maestros.

Los jueces, cuyo destino, sea dicho de paso, no es hereditario, se dividen en cinco clases: los grandes *mollas*, los pequeños *mollas*, los *muffetisch*, *kadis* y *naibs*. Los grandes molas se componen, segun la jerarquía de los supremos jueces militares ó *kadiaskere* de Rumili, del supremo juez militar de Anadoli, del juez de Constantinopla, de los de Adrianopolis, Brussa, Cairo y Damasco, en fin de los de Galata, Escutari, Jerusalen, Esmirna, Haleb, Larissa y Selanik. Bajo los pequeños molas se comprenden los jueces de las diez ciudades siguientes de segunda clase: Bagdad, Meraasch, Bosnaserai, Sofia, Belgrado, Ainintab, Kiutaja, Konin, Filibe y Diarbekr. A los muffetisch corresponde formar las causas sobre todos los asuntos concernientes á fundaciones piadosas, y en particular sobre todos los que son dependientes del mufti, del gran visir ó del Kislar Agassi. Hay cinco de estas autoridades de indagaciones, tres en Constantinopla, una en Andrinópolis, y la última en Brussa en Anadolis. Los Kadis son los jueces de las pequeñas poblaciones del imperio turco, y se dividen en tres clases, á saber: en los de Rumili, Anadolis y el Egipto. Ultimamente, los naibs son los sustitutos de los mollas y kadis y componen cinco clases: Kasa naibi ó jueces de los lugares, Bab naibi ó sustitutos de los mollas de segunda clase, mollas mekili ó sustitutos de los mollas que no ejercen en persona su empleo. Kadi wekili ó los sustitutos de los Kadis, y arpalik naibi ó administradores de los fondos de cebada. Estos mollas, kadis y naibs fallan en todos los asuntos criminales y civiles, y ejercen al mismo tiempo todas las funciones de los escribanos ó notarios públicos.

La segunda clase de los ulemas se compone de jurisconsultos consultivos ó muftis. Estos forman una clase intermedia entre los jueces y eclesiásticos. El jefe de ellos es, segun ya se ha dicho, el Scheich ul Isman, del que uno se acuerda generalmente cuando se habla del mufti, si bien hay otras que llevan tambien este mismo título. Cada ciudad grande de la Turquía tiene un mufti particular, y todo el imperio cuenta doscientos diez de estos. Todos tienen la misma categoría, y los nombra por vida el Scheich ul Ismam. Su única ocupacion consiste en contestar á las preguntas que sobre casos muy difíciles se les hace con las palabras *Olur*, quiere decir: *puede hacerse No mas*, esto es, *no puede hacerse*.

La tercera clase de los ulemas son por fin los clérigos, que á su vez se dividen en scheichs, chatibes, imams, muezzins y kaims. Los scheichs son el clero ordinario de las mezquitas. Su título scheich, es decir, anciano, es además un título honorífico para todo musulman que se distingue por su edad y sus virtudes. Pero entre los turcos lo adquieren especialmente los predicadores y los superiores de los dervises; aquellos se llaman meschnichi bursi ó ancianos del púlpito, y estos meschnichi sawiji ó ancianos de los conventos. Los chatibis son los que rezan la oracion especial que se dice por el Sultan reinante todos los viernes y en todas las mezquitas y que se llama Chutbe. Por esta razon los chatibis se llaman tambien imamot dschumaa, quiere decir imams del viernes. El que preside esta oracion es el Imam, hácia cuyos movimientos dirige toda la asamblea la vista. Sus funciones consisten en decir á las horas prefijadas del dia las cinco oraciones en la mezquita, á escepcion del viernes, donde la dice el Chatib, segun hemos indicado. Hay muchas mezquitas que tienen varios de estos clérigos. El superior de estos celebra la circuncision, la bendicion nupcial y los funerales, y se llama Imam Haji. Los muezzins son los heraldos, que desde los minaretes llaman á los creyentes á la oracion. Los kaims por fin corresponden á lo que entre nosotros son los sacristanes, pues desempeñan únicamente los servicios mas inferiores de los templos. El número de los clérigos se rige por la magnitud de las mezquitas; pero la mayor de estas que es la de Constantinopla, no tiene mas que un Scheich, un Chatib y un Imam, y en cambio doce muezzins y veinte kaims.

Además de los clérigos pertenecen á los ulemas el jefe de los numerosos parientes del profeta que tienen el derecho de llevar vestidos verdes: el Nakibal Eschraf y el porta-estandarte de la bandera imperial ó el Miri Aalem. Una de las clases mas importantes sin embargo son los muderri ó profesores, que constituyen el verdadero personal de enseñanza. Estos forman el seminario de los ulemas, pues estos solo pueden nombrase de los muderris, y son por esta razon muy respetados. Urchan ya fundó el primer medresse, ó sea colegio ó seminario en Brussa. El número de estas fundaciones dedicadas á objetos científicos se aumentó en el reinado de los sucesores de aquel, hasta que por fin Mahomed II regularizó toda la jerarquía de la corporacion de los ulemas, y le dió la forma que con pocas variaciones tiene aun en el dia. El sultan Mahmud reformó mucho la antigua constitucion del imperio: su reformas se estendieron sobre todos los ramos de la administracion; pero lo que es á la organizacion de los ulemas no la tocó en manera alguna, siendo esta una circunstancia que esplica el por qué aquellos no opusieron gran resistencia á sus reformas. Por lo demás, el sistema de la enseñanza en la Turquía es el siguiente: los estudiantes de la clase inferior, cuyos estipendios no importan sino un par de *aspers* (moneda turca de poco valor) diarios, se llaman Suchta ó Softa; los que son superiores Mind, y los superiores de todos Danischmind. A estos últimos les es lícito instruirse para llegar á ser kadi, mufti ó Iman. Llevan el título de muderris los presidentes ó directores de las diferentes fundaciones y academias que se dividen en diez clases con arreglo al sueldo diario que disfrutan, cuyas clases tiene que recorrer todo muderri si quiere tener opcion á la plaza de un molla. Aquellas clases se denominan Charidsch, Herekat Charidsch, Dachit, Herekat Dachit, Musslei Ssahn, Altmischli, Ikindschi Altmischli, Musslei Suleimanije. Los muderris de todo el imperio se dividen en tres distritos: el de Constantinopla, el de Adrianópolis y Brussa, y el que abraza las demás provincias. Los únicos muderris que obtienen las dignidades supremas de la clase de jueces, son los del primer distrito, ó sea el de Constantinopla.

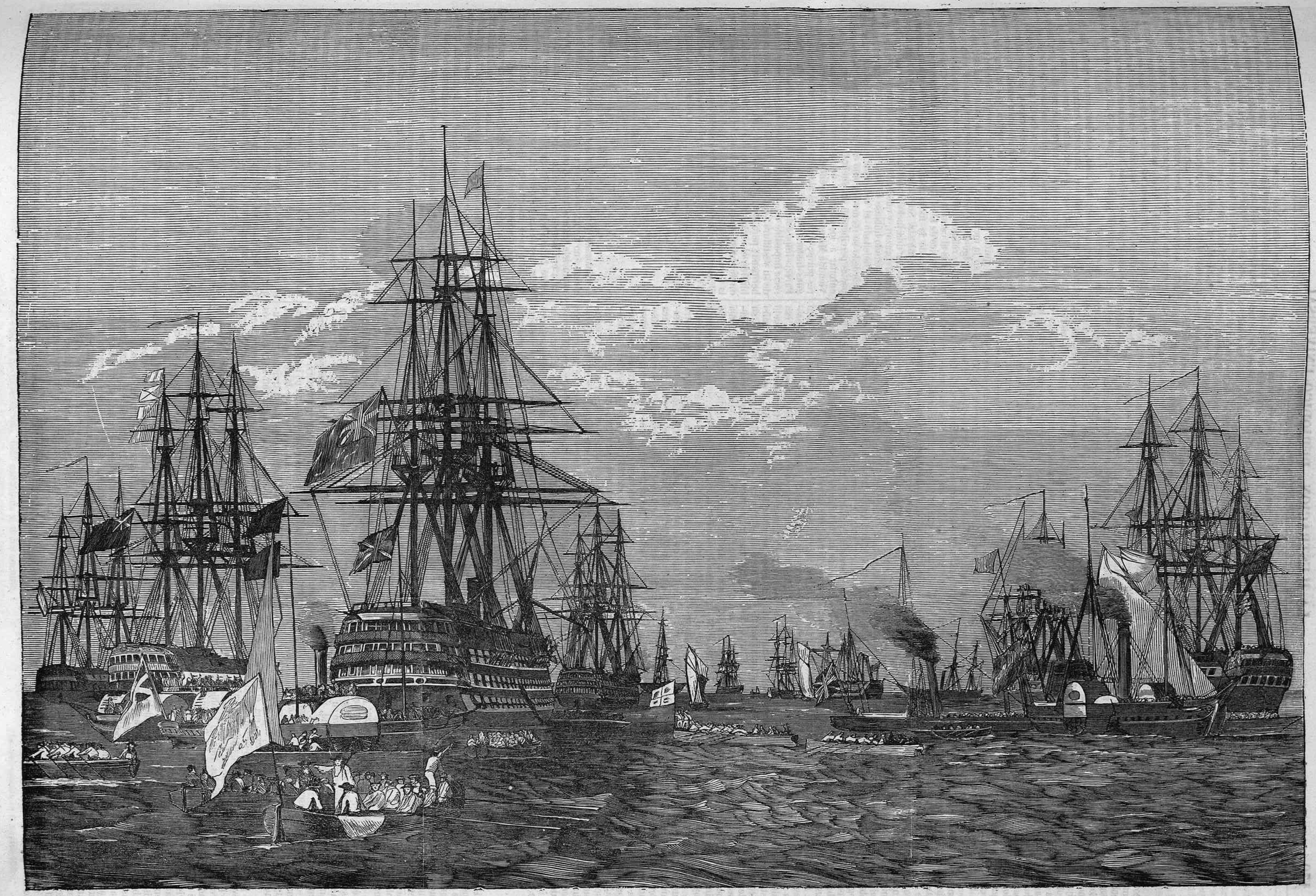
Esta breve reseña da una clara idea del plan artificial y meditado que ha servido de norma en la organizacion de los ulemas, pudiendo obtener el cargo y mando supremo de ellos solo al cabo de una larga carrera en los empleos del profesorado, en cuya consecuencia es casi imposible el que los ignorantes lleguen á obtener puestos superiores en estos ramos. Los principios de los códigos, segun los cuales los mollas, muftis y kadis han de regirse en sus fallos y sentencias, son las doctrinas religiosas (Scheri), el uso establecido (Aadet) y las disposiciones del poder arbitrario (Kanun). Las sacras escrituras en las cuales se hallan contenidos los preceptos religiosos son: el Koran con sus 114 sures ó capítulos; luego el Hadiff ó Sunneth, que contiene las sentencias y los discursos recogidos por los discípulos de Mahoma, además el Idjhay-Ummeth ó las esplicaciones y los juicios de los principales discípulos del profeta, y por último la cuarta sacra escritura de los musulmanes es el Kigas, que contiene una coleccion de las decisiones canónicas de los imames ó sacerdotes de los primeros siglos despues de Mahoma. El código principal es el Kanuname de Mahomed el conquistador. En tres *puertas* ó títulos principales trata aquel de la categoría de los grandes, de los usos y las ceremonias introducidos en el imperio, y por fin de las multas por delitos y de los sueldos correspondientes á los diferentes empleos. La primera *puerta* conduce en lo interior de la jerarquía del imperio. Los kanunes mas notables de la segunda *puerta* son los que tratan de la fiesta del Beiram, de la mesa imperial, del sello imperial y de los medios para asegurar la sucesion al trono. El kanune mas horroroso es el que eleva á la ley de estado el fratricidio, en cuya consecuencia cada sultan que sube al trono tiene que mandar matar á todos sus hermanos.

2009 Ministerio de Cultura

Fachada principal del nuevo palacio del sultan, en Dolmabaghdsche, en el Bósforo.

2009 Ministerio de Cultura

2009 Ministerio de Cultura



Revista de la escuadra inglesa en Spithead.—Visita de la reina Victoria á bordo del Wellington, el 11 de agosto de 1855.

LA EXPIACION.

DEDICADA

Á MI AMIGO DON AGUSTIN BONNAT,

POR PABLO GAMBARA.

DOS PALABRAS AL LECTOR.

Hace algun tiempo que hojeando uno de los áticos prólogos con que Walter Scott adornaba sus novelas, leí en él que era imposible escribir una relacion que se deslizase tranquilamente como las aguas de un rio desde su orígen á su fin, sin dar pintorescos rodeos ni detenerse en bellas pero inútiles digresiones. Como siempre he creido que la palabra imposible era únicamente una palabra, y que pecaba de audacia el hombre que la fijaba en alguna parte, desde el momento en que ví aquellas columnas de Hércules levantadas por el poético historiador de la Escocia en las riberas de la imaginacion, solo pensé en lanzarme en busca de nuevas riberas en los mares de lo desconocido. Cuando los franceses han agotado las ridiculeces de la forma para adornarse con una falsa originalidad, este mar desconocido era de un precio incalculable. Como la beata curiosa á quien decian que no se podia tocar la piedra del Ara, probé á ver si podia hacerlo, y fruto de este ensayo es la obra que vas á leer, desocupado lector, si la paciencia no te falta.

No ha sido sin embargo un audaz orgullo el que me ha impulsado á hollar las leyes del padre de la novela moderna, sino un humilde convencimiento de mi inferioridad. He creido que su imaginacion sobrado viva arrebataba á Walter Scot y le impedia ceñirse á un plan sencillo y uniforme; mientras que yo, dueño de la mia, dirigia su paso á mi placer. El caminaba en un corcel árabe, y yo en una mula tirica: hé aquí todo el misterio. Un autor menos poeta, pero mas filósofo, conseguirá tal vez lo que él tenia por imposible. Si Balzac hubiese escrito libre de las trabas de que tan amargamente se queja en el prólogo de *la casa de Nucinguen*, Balzac lo hubiese demostrado; pero la librería entraba á la parte en la composicion de sus obras, y semejante á la Parca de los gentiles cortaba el hilo de sus relaciones cuando mejor le parecia dejándolas incompletas. A las obras de este autor no les sobra nada generalmente; pero casi siempre les falta. Unas, como la Torpille, solo tienen cabeza; otras son acéfalas; otras tienen cabeza y pies; pero las falta el cuerpo como á *Verónica* y *El Cura de la aldea*. No es esto seguramente culpa del autor, y yo creo cuanto dice en el citado prólogo con toda la elocuencia que un autor sabe emplear para disminuir sus faltas y dar importancia á sus obras desde la benéfica invencion de los prefacios; pero afortunadamente yo me encuentro casi libre de estas enojosas trabas, y ningun editor se encarga de recortar mis escritos; por lo cual doy principio mas desahogadamente á mis tareas.

El plan que me he propuesto es sumamente sencillo; se reduce á presentar en accion un pensamiento moral y filosófico que no se demostraria bien teóricamente. Y para amenizar el camino solo he echado mano de los recursos del lenguaje, tratando de hermosear la espresion cuanto he sabido: en ella es en lo único que he fundado mi esperanza. Si el lector, menos apasionado que yo, no se contenta con eso, y al recorrer las páginas de mi obra (es ya uso general llamar así á cualquier escrito) siente que sus ojos se cierran involuntariamente, recuerde que la culpa no es solo mia; que no cuento con los recursos de que los demás autores suelen valerse para entretenerle, y que me he impuesto trabas que el mejor novelista después de Cervantes creeria imposible soportar.

En último resultado, mi libro no será el único fastidioso que se haya impreso ni leido.

I.

A principios del año de 1835, un jóven llamado D. Luis Floralba llegó á un pueblo pequeño de Andalucía, donde era poseedor de una casa de campo, y se instaló en ella con ánimo de pasar allí algunos meses. Acababa de perder á su padre, que para él era su mejor amigo, y huia los importunos consuelos que turban el verdadero dolor sin aliviarle, asemejándose á los curiosos palpamientos con que algunas personas atormentan las heridas de sus conocidos. Hay tambien en la tristeza un encanto melancólico, un enervamiento voluptuoso que deleita al alma dolorida, y Luis corria á la soledad á abandonarse á este sentimiento.

Su dolor en un principio fué inmenso; pero poco á poco le fué calmando el tiempo, que es el mejor médico para los males del corazon. Tambien contribuyó en gran parte para el consuelo de D. Luis el encuentro que tuvo en el pueblo con una familia á quien habia conocido en Madrid, y que pasaba allí la temporada de verano.

Esta familia representaba en este tiempo la faz moral de una clase entera, y cada persona era, por decirlo así, un tipo cuyo estudio no podia menos de interesar al psicólogo observador.

D. Baltasar de Acosta, su cabeza, era el representante de la plutocrácia, este coloso de las sociedades modernas que se levanta sobre las ruinas de los antiguos poderes fundados en el principio del honor, como un nuevo ídolo sobre los escombros de los antiguos templos. Hijo del pueblo, reniega de su padre, le aherroja, le mutila, y como Saladino de Balduino hace de él un escabel para subir al poder; pero desdeñado por la aristocracia, que no ha abdicado su orgullo, y que bajo su manto de oro y pedrería reconoce en él á su antiguo siervo, se venga de ella odiándola, calumniándola y ultrajándola, al tiempo mismo que se arrastra de rodillas pidiéndola uno de esos miserables pergaminos que la dan derecho á cerrarle las puertas de sus antiguos palacios, rasgados de grietas y próximos á desplomarse. Personificacion viva de la vanidad en cuanto tiene de mas repugnante, esta clase puede servir de estudio al que quiera disecar el corazon humano, porque en ella se manifiestan en relieve todas sus fibras, y de su seno ha de nacer el porvenir. D. Baltasar pertenecia á esta clase y tenia todos sus vicios y virtudes, templados por su naturaleza. Frisaba en los 60 años; pero su constitucion de hierro, que no habian limado el pensamiento ni los pesares, le hacia aparecer de menos edad. No era muy alto; su rostro casi redondo, su nariz chata algo levantada por la punta, los ojos negros y vivos no muy grandes, su frente ancha y despejada, indicios todos de un hombre de buen natural y de clara inteligencia; pero desnudo de todo sentimiento delicado. Conocia el precio de todas las cosas; su opulencia le habia brindado con todas las doradas copas de los placeres humanos, y estaba cansado de ellos. Colocado cerca do los ídolos del mundo, pudo levantar el manto de oro y púrpura con que se cubria, y vió debajo de él el maniquí de madera movido por torpes pasiones. Sabia tasar las opiniones de los políticos, el patriotismo de los oradores, y conocia la tarifa que los poetas ponian á las impresiones del corazon, prostituyendo así lo que hay de mas sagrado en el alma á tanto la línea. Disecó la sociedad como los médicos un cadáver, y en todo lo que antes le encantaba, encontró solo cieno y podredumbre. La clave de la sociedad es el oro, se dijo; es la palabra mágica á la cual no se resiste ningun sentimiento en el mercado del mundo. Pero se engañaba como el médico que quiere sorprender el secreto de la vida en el cadáver que diseca, es decir, donde ya no existe. En el mundo no se compran sino las apariencias de los sentimientos, no los sentimientos mismos.

Con oro no se compra la amistad; con oro se compra el cuerpo y las caricias de una mujer vil; pero no el afecto de un amante; y el que ama con el alma, además de desear con los sentidos, conoce demasiado que hay una cosa que necesita y que no puede comprar, el corazon de su amada. No se compran el talento, ni el valor, ni la hermosura; no se compra en fin la felicidad. D. Baltasar mismo podia saberlo por esperiencia, pues tenia á su lado á su querida hija Margarita, inclinada bajo el dolor como una flor que se aja, y no podia volverla su ventura. El oro es un medio del cual el talento puede servirse para facilitar sus designios; en sus manos será ya una llave maestra que le proporcionará la entrada de los lugares vedados, ya una vara mágica que creará las circunstancias á medida de los deseos; pero no pasará de ser un instrumento, muchas veces pernicioso al que le emplea, porque destruyendo su fé en el desinterés, le impide deleitarse con el aroma de los sentimientos delicados, esas flores del paraiso colocadas de trecho en trecho á ambos lados del camino de los mortales en el yermo de la vida. A pesar de su materialismo y de su posicion en la sociedad plutócrata, no carecia D. Baltasar de cierta honradez, de un principio de vanidad que le servia de conciencia y era el fruto de su primera educacion. En teoría, su alma era cínica, pero no en la práctica. Pensaba que era lícito cuanto no conducia á la cárcel ó al presidio, y absolvia al que era bastante diestro para hacer pasar un fraude á través de la ley, esa cota de malla que protege á la sociedad; mas no hubiera osado hacer esas mismas acciones que aplaudia; y es lo mas estraño que esos aplausos los daba en el fondo de su corazon, pues su lenguaje era casi siempre tan moral como el de una novela inglesa del siglo pasado; de modo que podia decirse que tenia dos conciencias, de las cuales la mas rígida, al contrario de lo que suele suceder á los demás hombres, era la que escogia para su juez. Esta clase de hombres depravados de pensamiento y honrados de obra, se encuentran aun alguna vez en nuestra sociedad; pero escasean de dia en dia, y dejarán de existir completamente dentro de poco, porque nuestra educacion ataca principalmente á los sentimientos generosos, y nuestras costumbres tachan el honor de quijotismo y la virtud de gazmoñería. Los venenosos sarcasmos de un egoismo necio conseguirán hacer de nuestra sociedad una asamblea de pícaros descarados, cuya vanidad se fundará en engañarse mútuamente, y se tendrá por mejor al mas adelantado en la ciencia de la mentira; pero ¿quién sabe? Acaso este mismo caos vuelva á rejuvenecer la sociedad. Nuestro siglo es semejante á la larva, que ya no es gusano, pero que aun no es mariposa, y la vida hierve en su seno. Si los pícaros se convencieran de lo útil que es la honradez, serian hombres de bien por picardía, dice un célebre autor. ¿Quién sabe si inutilizada un dia la falsedad por haberse generalizado su uso, los hombres comprenderán esta profunda máxima?

Fermin, sobrino de D. Baltasar, era el tipo de la juventud rica y ociosa que se arrastra en las grandes ciudades con el cuerpo enfermo y el corazon podrido. Foblás despojado de su aureola poética, educado entre damas, era una de ellas, escepto el pudor y la virtud. Todo en él era tan mezquino como su figura. Su ambicion estaba reducida á introducir las modas francesas; su orgullo á bailar con maestría. Por lo demás, las ideas políticas, los conocimientos científicos eran un fardo muy pesado para su cabeza, como una espada ó una lanza hubieran rendido su brazo. Al ver estas generaciones degeneradas, hijas de la paz y del sibaritismo de las costumbres, comprendo la necesidad de la guerra y de las revoluciones. Son necesarias de vez en cuando las tempestades para purificar la atmósfera y evitar las epidemias. Esta juventud decrépita, sin la ciencia de los años, gangrenada hasta la médula de los huesos, es la cuna de la corrupcion social.

Es indiferente á todo, porque ha abdicado el pensamiento como una corona pesada; es indiferente en materia de religion, peor aun que si fuera atea; es indiferente en política, es indiferente en moral. Esta juventud es débil, y la debilidad es la madre de la intriga, de la adulacion, de la traicion y del engaño. El hombre fuerte, cuando el odio arde en su corazon, os ataca frente á frente, y os defendeis de él como de una fiera; pero la debilidad se arrastra como la víbora y os clava el diente envenenado en medio de vuestro sueño. Los jóvenes de quienes hablo tienen el corazon mas cobarde que el de la gacela, y son impotentes para todo lo que es generoso y grande. Se asemejan á los degenerados romanos que se dejaban esclavizar por no combatir, y se entretenian en imitar el canto del gallo mientras las huestes del Norte llamaban á las puertas de sus ciudades con el férreo pomo de sus espadas. Sardanápalo, coronado de rosas y ébrio de amor y licores, en los brazos de sus concubinas, se hubiese avergonzado de tenerlos por esclavos.

Paulina, hija de D. Baltasar, era una niña con todas las gracias y todos los defectos de la inocencia. Su alma era tan pura como el rayo de luz de sus ojos azules, y habia en ella algo de vago, de imprudente y de ligero que encantaba. La sonrisa que lucia eternamente en sus lábios de coral, la alegria que brillaba en la frente, en que el dolor no habia aun marcado una huella, demostraban la paz de su alma. Si el angel del candor protegia su sueño sentado á la derecha de su lecho, á la izquierda se sentaba el de la felicidad, porque estos dos ángeles son hermanos; los dos duermen su sueño en el cáliz de una misma flor, y no se separan nunca. La vista de estas almas puras enternece y hace cuajarse de lágrimas los ojos. Seméjánse al niño que en medio de la tormenta duerme tranquilo en una débil barquilla, juguete de las olas, y sonrie á sus sueños doradas. Seria piadoso el rayo que le pulverizase antes de despertar. Amaba á D. Luis, pero con un amor infantil, puro, sin ser ideal, porque era inocente sin ser poeta; y, en el centro de la familia, representaba á aquella parte de la sociedad vírgen de alma como de cuerpo destinada al dolor, pero que ignora aun su destino, y que, como la hija de Jefté, se adorna con flores entreabiertas cantando alegremente porque no sabe que se prepara al cruento sacrificio.

De intento he dejado para diseñarla la última la figura de Margarita, la hermana mayor de Paulina, que es la principal del cuadro, el estremo opuesto de su hermana, la alma poética herida por el dolor que ha roto las mas armoniosas cuerdas de su lira de marfil y de oro, y que es, ó al menos se cree, viuda de su corazon.

Su estatura era mediana, sus formas y su rostro las de la famosa Venus de Médicis. Su cabello castaño, cuando le dejaba suelto caia hasta sus piés en ondas naturales semejantes á las del arroyuelo que se desliza entre quiebras. Su rostro, aunque blanco, tenia el tinte dorado de las madonas de Rafael, semejante al que prestan á los objetos los últimos rayos del sol, y este reflejo le daba un no sé qué de vago y de celestial que infundia respeto: parecia que iluminaba su semblante el resplandor de otra esfera superior á la nuestra, y á la cual ella pertenecia quizá. En el resplandor dulcemente triste de sus ojos de oro, en la melancólica sonrisa de sus labios, habia algo de celeste, algo de majestuoso, que impresionaba al alma y la bañaba de religiosa ternura. Aquellos ojos y aquella sonrisa decian mas al corazon que el poema mas triste y al mismo tiempo mas poético de Lord Byron. Si un artista hubiese querido pintar el ángel de la melancolía, le hubiera dado aquella sonrisa y aquella mirada. Su voz era dulce y pausada, y al oirla se creia escuchar una melodía sublime pero lejana. Sus palabras llegaban al corazon, y quedaban allí indeleblemente grabadas; pero aun cuando hubiese hablado en una lengua estranjera, se hubiese deleitado el oido con la armonia de su voz, y hubiera guardado su recuerdo como el de una de las melodías que los poetas perciben en sus sueños, y los santos en sus éxtasis oyen entonar á los espíritus del paraiso ante el trono del eterno. Viendo á Margarita y oyéndola hablar, se comprendian los amores puros, y violentos al mismo tiempo, que cuentan las antiguas historias y que pone en duda el materialismo del siglo. Parecia imposible no amarla con delirio, y al mismo tiempo parecia imposible que su amante osase mas que besar la cimbria de su vestidura. En otro tiempo fué ligera y alegre como su hermana; pero en medio de su alegria una mano invisible la hirió en el corazon, y la corona del martirio que ceñia su frente duplicaba sus encantos. Sin ella nadie hubiese sentido á su vista la tierna simpatía que inspiraba; pero esta simpatía la era inútil, porque nadie podia templar su dolor, que era de los que no se olvidan ni se confian; al contrario, esta simpatía podia llegar á ser una pena mas para ella, convirtiéndose en una pasion que ni queria ni podia apagar.

II.

> ¿Por qué esa frente pensativa? ¿Qué disgusto de la vida se ha apoderado de ti? Destierra de ti la tristeza.
>
> BYRON.

Colocado cerca de esta mujer, interesante como un problema, no podia menos de estudiarla, y el estudio debia de conducirle naturalmente al amor. La situacion en que se hallaba era la mas á propósito para esto; pues la muerte de su padre habia dejado en su corazon un vacío que era preciso llenar; sentia dentro de sí un esceso de vida que le abrumaba, y tenia que ser colocada en alguna parte. ¿Dónde mejor que á las plantas de Margarita?

Pero la observacion puede considerarse como una manía, y la casualidad es casi siempre la única llave de los misterios; porque no hay en el mundo unos ojos bastante penetrantes para verlo todo, para sorprender todas las emociones que pasan como relámpagos por el semblante sin dejar huella alguna; no hay memoria que retenga todas las palabras escapadas en un momento de turbacion como otros tantos gemidos, ni una cabeza tan fuerte y tan vasta que sepa concluir todas estas frases medio pronunciadas, recoger todas estas emociones y separar á un lado, como paja inútil, las que son efecto de la casualidad de las que resultan de la vibracion de una cuerda enferma del alma. Cuando Cristóbal Colon se dió á la vela para su mundo ignorado, creia caminar hácia los paises de oro descritos por Marco Polo, y al poner el pié en la América, cada objeto que encontraba fortalecia sus creencias. La preocupacion le disfrazaba la verdad, y se acostó en su tumba con su error; esto sucede frecuentemente á los observadores; forman instintivamente una hipótesis al comenzar á observar, y después á cada paso encuentran pruebas que la robustezcan, por falsa que sea; dan importancia á sucesos que no tienen ninguna, y si un dia se desengañan, se hallan perdidos en un caos de dudas en que la verdad misma, si se presentase como un meteóro con su resplandeciente antorcha en la mano, seria tenida por fuego fátuo, y su luz desechada como engañosa. D. Luis se embriagaba con los aromas de aquella flor que queria analizar; pero no acertaba á comprenderla. Ponia la mano sobre su corazon, y sentia latir bajo de ella el codiciado secreto; pero como un médico inhábil, veia al enfermo morir sin poder hallar el nombre de la enfermedad. Nunca se escapaba á Margaria una palabra imprudente que fortaleciese sospecha alguna; nunca un suspiro involuntario denunciaba la parte dolorida al médico que apoyaba en todas su escrutadora mano: la jóven tenia toda la presencia de espirítu, toda la fuerza de voluntad de los salvajes que sonrien mientras sus enemigos les calcinan los piés á fuego lento, y en cuya frente de mármol es imposible al ojo mas ejercitado sorprender una emocion.

Frecuentemente, cuando Luis llegaba, la veia sentada junto á una ventana, absorta sin duda en tristes contemplaciones, con el cuerpo lánguidamente doblado y la mirada vaga de los que se abisman en el infinito: las lágrimas corrian por sus mejillas; su secreto parecia presto á escaparse de sus entreabiertos labios; pero de repente, al despertarse al ruido de una palabra humana, su aspecto variaba; la sonrisa melancólica asomaba á sus lábios, y la calma se estendia como un velo por

2009 Ministerio de Cultura

su semblante. D. Luis llegó un dia á hablarla de amor.—Calle V., le dijo ella á las primeras palabras, yo soy una religiosa para quien esas conversaciones serian sacrílegas.

—No, no, prosiguió Luis con toda la audacia de la pasion, es preciso que V. me escuche.

—Y para qué? Mis ideas no pueden variar por nada en el mundo. La pasion mas ardiente no lograria encender mi corazon de mármol.

—Pero V. solo tiene veinticinco años, y á esta edad el corazon...

—Los años no marcan la edad. Hace ya mucho tiempo que pasó para mí la de las pasiones, y las flores de mi alma se han secado en capullo. Solo puedo ofrecer á V. mi amistad.

—Yo no puedo ser amigo de V., ni hay amistad posible entre dos jóvenes de distinto sexo. Esa es una palabra con que la galantería ha disfrazado la indiferencia.

—Si V. hubiera tenido una hermana, ¿le hubiera sido indiferente?

—No; pero...

—Pero no la hubiera V. amado. Créame V.; entre un hombre y una mujer puede existir la amistad, y lleva muchas ventajas al amor. La que le ofrezco es pura y desinteresada, como no la hallará V. en ningun hombre; pero no puedo ofrecer mas. Otras mujeres conducirán á V. de la mano á ese paraiso cuya puerta se ha cerrado para mí.

—¿Pero por qué?

—Es mi secreto.

Don Luis no se atrevió á insistir, pues estas palabras fueron dichas con una majestad verdaderamente régia.

Poco después entró D. Baltasar con Fermin, sosteniendo una discusion acalorada, y aunque el asunto era poco á propósito para ser tratado delante de señoras, el banquero conservaba cierta franqueza rústica, debida á su orígen plebeyo, que le impedia parar la atencion en tales delicadezas. Si Alveroni recordaba al hijo del jardinero, sentado en su despacho de primer ministro y adornado con el capelo cardenalicio, no es nada estraño que D. Baltasar recordara al mozo de tienda. El aspecto de Margarita tenia además algo de maternal, y parecia que delante de ella, como delante de una mujer casada, se podian emprender todas las conversaciones.

—Decida V. nuestra contienda, señor D. Luis, dijo D. Baltasar; Fermin sostiene que una mujer puede ser virtuosa á pesar de una falta, y yo sostengo que eso sucede en la naturaleza, pero no en la sociedad. La mujer que comete una falta no es siempre culpable mas que de imprudencia, de inocencia tal vez, pues desconociendo las artes que su amante puede emplear, y confiando demasiado en sus fuerzas nunca probadas, no huye la ocasion, quizá se enorgullece con la idea de arrostrarla. Luego sus nervios le hacen traicion. Por mas que se diga, la virtud está, no en resistir la ocasion, sino en huirla, pues en ella solo salva un temperamento naturalmente dichoso ó gastado por vicios anteriores. Pero la que una vez cede tiene en seguida que aprender la hipocresía, la falsedad y el engaño, para no verse deshonrada. El descubrimiento de su falta la escluiria de la vida, y difícilmente se renuncia á ella á los 15 ó 20 años. Dado un paso en la pendiente del vicio ya nadie se detiene. Vds. conocerán la balada alemana que compara al alma que atraviesa el mundo, al hombre que pasa de un lado á otro de una calle fangosa con un traje blanco; que los primeros pasos los da con mucho miedo; pero una vez manchado el traje, no se cuida de él y se encenaga hasta la cintura. La mujer culpable oculta su falta como un misterio dentro de su corazon, corona su frente de rosas blancas, y acepta la mano del hombre que se ofrece á ayudarla en el camino de la vida. Para esto necesita engañarle, y no se puede amar á una persona á quien se engaña; así es que miente doblemente, primero pureza y luego amor. Un casamiento sin amor es una prostitucion legal sancionada por las costumbres: esta mujer se prostituye. Entonces juzga la vida y su orgullo que la adula la disculpa de su engaño y su prostitucion armándola de cinismo ¿Qué virtud puede existir en un alma cínica?

Si D. Luis hubiera mirado en este momento á Margarita le hubiese sorprendido la palidez de su frente y la angustiosa mirada que levantó al cielo y que era por sí sola un poema; pero todo pasó en un momento: Margarita se acercó á la ventana; se inclinó como para contemplar la campiña, y cuando se volvió hácia los interlocutores, su fisonomía estaba helada é impenetrable como el mármol de un sepulcro sin epitafio.

D. Luis, sin parar la atencion en este ligero incidente, contestó á D. Baltasar en estos términos:

V. ha disecado solamente una mujer egoista y que no duda en ahogar sus creencias y sus sentimientos mas delicados á trueque de conservar su porvenir. En una mujer de esta especie, en una mujer vulgar, no hay duda que la gradacion de los sentimientos será la que V. ha descrito; pero todas las mujeres no son iguales: hay mas; después de una observacion constante, de una observacion de hombre desocupado que se fastidia, he llegado á creer que así como no hay dos hojas iguales, no hay dos corazones idénticos; que el estudio de uno no sirve apenas para el conocimiento de los demás. Hay mujeres que se detienen en el primer paso del vicio, y sostenidas por la religion, una educacion esmerada, ó por su propio orgullo, tienen el valor suficiente para soportar las consecuencias de sus faltas. No descubren la mancha de su blanco ropaje; pero se retiran del cieno y aceptan una vida oscura en el fondo de un claustro, convierten en un cláustro su tocador. Estas no engañan á nadie y son honradas en su arrepentimiento.

Margarita era toda oidos, y devoraba con los ojos á D. Luis, que prosiguió:

—Otras mujeres toman un camino diverso, y mas apasionadas, sin dejar por eso de ser virtuosas, prosiguen marchando por el mundo y reclinan su frente culpable en el seno de un nuevo amor. Como la Magdalena, la mas bella figura del cristianismo después de María, confiesan sus faltas á su amante, derraman sobre sus pies sus mas ricos bálsamos, es decir toda su vida pasada, los enjugan con su cabellera, y le dicen: Tu amor me ha purificado, la mujer impura no existe, y de su tumba se levanta una mujer nueva que es toda amor para tí.» Esta mujer es el sueño dorado de los poetas, los hombres que han inventado el amor, y la tienen en mas estima que á una doncella inocente.

—Pero la Magdalena, dijo Margarita, se retiró al desierto.

En este momento entró Paulina y cortó la conversacion diciendo:

—Papá, son las cinco y media.

—¿Y bien?

—¿No vamos á casa del enfermo?

—Tienes razon, hija mia, dijo don Baltasar sonriéndose con bondad paternal.

Margarita era un ángel de beneficencia para el pais, y su hermana la acompañaba muchas veces en sus piadosas correrías; pero por un capricho en que no dejaba de tener su parte la vanidad infantil habia escogido para sí sola un campesino abrumado de años y familia, que acababa de caer en el lecho con una enfermedad proveniente de su misma miseria. D. Baltasar la acompañaba todas las tardes á su humilde vivienda y solia decir.—Mi hija me ha de hacer santo; pero añadia sonriéndose y acariciando sus rubios cabellos:—Conducido por este ángel, fácil es que el mayor pecador encuentre el camino del cielo.

D. Baltasar y Paulina se marcharon pues á ver al enfermo, y Margarita, Fermin y D. Luis se determinaron salir á pasear á caballo, y encontrarlos á la vuelta.

III.

Cuando acababan de salir de casa Fermin, D. Luis y Margarita, el caballo de esta se espantó y se internó desbocado entre los laberintos del espeso bosque. D. Luis, con el corazon oprimido, se lanzó en su seguimiento, y Fermin, que no pudo hacer salir del trote su manso caballo, le vió desaparecer entre los árboles, aparecer de nuevo sobre una colina, siempre detrás del caballo de su amada, y volver á perderse á lo lejos detrás de la ermita. El endeble caballero hacia todos los esfuerzos imaginables por seguir el mismo camino; pero su lindo Lucero, que era tan endeble como él, se esforzaba vanamente en complacerle, y cansado de inútiles tentativas se encabritó y le arrojó de la silla, quedándose después inmóvil como una estátua. D. Fermin quedó con un pié enganchado en el estrico y la cabeza hácia el suelo, al cual solo llegaba con las puntas de los dedos, pues su caballo era muy alto, y á causa de lo diminuto de su estatura los estribos estaban muy subidos. Comenzó á gritar con todas las fuerzas que el miedo pudo dar á sus tísicos pulmones; pero un diablillo jugueton sin duda impidió que pasase nadie por el camino, y nuestro mancebo, ni bien en la tierra, ni bien montado, pasando las penas de don Quijote en la venta, pero colocado en posicion inversa, sintió correr en el reló del Tiempo un siglo de dolor, porque hay horas de años, y aprendió lo arbitraria que es nuestra division de tiempo y lo inexactamente que le marcan los relojes. Pronto la sangre se acumuló á su débil cabeza: un velo sangriento se estendió por delante de sus ojos, y los oidos comenzaron á zumbarle como si el huracan girase en torno suyo; su razon se turbó y todos los objetos se confundieron á su vista. Creyó que su caballo corria con las alas del viento por un desierto poblado de maravillas, acaso alguna de las soledades terriblemente sombrías que describe el Dante en el mas majestuoso de los poemas. La peregrinacion de Mazepa no era nada comparada á la que su imaginacion le fingia. Veia pasar uno tras otro los troncos de los árboles, y relucir entre ellos como gusanos de luz los ávidos ojos de los lobos que ahullaban fatídicamente próximos á despedazarle; oia la tempestad tronar sobre su cabeza, ó mejor dicho, sobre las plantas de sus pies, y debajo de él los torrentes despeñándose en los profundos abismos que salvaba su caballo arrebatado por el espíritu del vértigo. El sudor corria á mares de su frente, y de seguro se tornaron blances algunos de sus cabellos.

Y no obstante, esto, no se movia de un lugar: su cabalgadura permanecia quieta como una estátua de bronce, y todas las maravillas que le espantaban eran hijas de la fiebre nerviosa que le poseia. E hubiera jurado sin embargo que todo era realidad. Este mismo fenómeno de nuestra naturaleza, este poder de la imaginacion exaltada por las pasiones sobre los sentidos, es el que ha llenado tantas historias de apariciones y sucesos sobrenaturales.

Cuando ya la noche estendia sobre el universo sus negras alas como un ave gigantesca sobre su cria aun en embrion, Fermin, que habia perdido el conocimiento, volvió en sí en su cuarto y vió al lado de su cama á D. Baltasar y Paulina.

—¿Qué te ha pasado? preguntó esta; te hemos encontrado enfrente de la quinta caido del caballo y sin sentido.

—Quise, respondió Fermin pudiendo apenas hablar, quise seguir el caballo de mi prima.

—¿Dónde está? ¿No estaba contigo?

—No; su caballo se desbocó... D. Luis la siguió; yo quise hacer lo mismo; pero ya ven Vds. lo que me ha sucedido.

—¡Dios mio! esclamó Paulina; el caballo de mi hermana se ha desbocado...

—¿Por dónde han ido? preguntó D. Baltasar.

—Por allí... hácia la ermita...

—Corramos tras ellos, Francisco, dijo D. Baltasar volviéndose á un criado que estaba á pocos pasos; que dispongan mi caballo.

—Y el mio, dijo Paulina.

—Yo volveré á montar en el mio, dijo Fermin, aunque no sabe andar mas que al paso.

Mientras tanto D. Luis volvia hácia la quinta á pié, y sosteniendo á Margarita, pálida como las estátuas de mármol con que se adornan los sepulcros. Su caballo se habia estrellado contra un árbol, y D. Luis habia tenido que abandonar el suyo rendido de fatiga en una choza.

D. Luis habia vuelto á comenzar su elegía amorosa; pero esta vez sus palabras no se perdian como semillas en la arena, sino que eran escuchadas con cierta turbacion y cierta bondad por Margarita, que dejaba adivinar la lucha interior de su alma. Por la primera vez, después de algunos años, se habia despojado de su penosa máscara de frialdad. D. Luis, aprovechando la ocasion, la pintaba su amor con los mas vivos colores, y deslizaba en su oido las frases mas tiernas que el sentimiento le inspiraba. Sin duda el pesar no habia roto aun la cuerda del amor en el corazon de Margarita, y al sentirse pulsada de nuevo, respondia por un armonioso gemido al que la pulsaba. Todos sus sueños de vírgen enamorada habian surgido en su imaginacion á aquel gemido, como cediendo á un encanto mágico, y al volver á acaricir su fantasía aquellos sueños perdidos, aquellas ilusiones muertas en flor, el recuerdo de las palabras de Luis la consolaba y hacia nacer la esperanza en su pecho. La fuerza magnética que presta una pasion ardiente, y la hora y el sitio de la conversacion, todo contribuia al dulce encanto.

El silencio de las tumbas reinaba en torno suyo. El rayo ceniciento del sol de la noche atravesaba por entre la agreste bóveda que formaban los entretejidos ramos cubiertos de hojas de los altos árboles del bosque, y le iluminaba con su melancólico resplandor. Aquella soledad, aquel religioso silencio, aquella fúnebre luz impresionaban al alma y adornaban los sentimientos de cierto encanto misterioso, que el alma apasionada de Margarita no podia resistir.

—Yo te amo, la decia D. Luis; te amo con delirio; eres la primera, la única mujer que he amado; sin tí el mundo me parece vacío; sin tí no sé vivir; no quiero vivir, porque tú para mí lo eres todo; mi esperanza, mi gloria, mi vida entera. Mi pasion no es uno de esos fuegos fátuos que deslumbran un momento, pero que se desvanecen en los aires sin dejar una huella; no: yo lo conozco; mi amor cesará cuando deje de latir mi corazon. Despierto y dormido, tú eres mi sueño; despierto y dormido, tu imágen es mi felicidad. ¡Oh! no me digas que renuncie á estas ideas, porque no puedo hacerlo. Tu imágen se ha infiltrado par todos los poros de mi corazon; se ha posesionado de todas mis ideas, y cualquiera cosa que piense, cualquiera cosa que sienta, tú apareces allí presidiendo á mis pensamientos y á mis sensaciones. ¿Ni por qué he de reunnciar á mi felicidad? Tú me amas, sí; tú me amas aunque quieras ocultarlo; tu corazon me pertenece. Lo leo en tus húmedos ojos centellantes con el fuego del amor, aunque los inclinas al suelo temerosa de que te descubran; lo leo en tu frente ruborosa como el capullo de la reina de las flores, y en la cual se pinta como en un espejo la turbacion de tu alma. Tú me amas; ¿por qué no lo confiesas? ¿Por qué te opones á nuestra mútua felicidad? ¿Qué ángel nos veda la entrada del paraiso de la juventud? ¿Hay algun obstáculo para nuestra ventura? Dímelo, y yo lo venceré.

Margarita sentia que la razon la abandonaba. La voz de Don Luis que la juraba amor, muy bajo como si temiese que el viento se llevase sus palabras, llega hasta el fondo de su alma introduciendo en ella una turbacion desconocida. Ni aun retiraba la mano que el apasionado jóven estrechaba con delirio entre las suyas.

—El obstáculo que se opone á nuestra felicidad es imposible de remover, le dijo derramando un torrente de lágrimas.

—Imposible! ¿por qué?

—Margarita no respondió: inclinó la cabeza sobre su pecho, sollozando angustiada, y permaneció durante algunos momentos como desfallecida.

—Fíame tus penas, la dijo D. Luis; si no puedes ver en mí un amante, mira al menos un hermano.

Margarira permaneció aun en silencio; luego dijo:—Luis, yo te amo!

Estas palabras fueron pronunciadas solo con dulzura, y el fuego de la pasion solo brilló en los lacrimosos ojos de la jóaen; pero esta misma dulzura denunciaba tal tristeza, tal desesperacion, que D. Luis se sintió mas conmovido que si el delirio del amor y del deseo se las hubiera dirigido. Quiso arrojarse á los pies de Margarita, pero ella le detuvo.—Escúcheme Vd., le dijo; lo que voy á decirle nos apartará acaso para siempre.

—Apartarnos para siempre! ¿quién podria hacerlo despues de haber pronunciado estas palabras? esclamó Luis con exaltacion.

—Mi secreto que ahora va á ser tuyo tambien, dijo Margarita!

—Tu secreto!...

—Sí. Yo no puedo amar; me he jurado á mí misma no amar.

—Pero...

—He visto que estos votos son vanos, y el haber quebrantado el mio hará probablemente mi eterna desesperacion. Oigame Vd., y si después de oir lo que voy á decirle me cree digna de ser su esposa, yo no me opondré mas.

—Ni una palabra. Llamarte mi esposa sería mi glor a única felicidad.

—Acaso no dirá Vd. lo mismo dentro de un momento.

—Sí, sí, no quiero oir nada.

—Mi deber es hablar, y le cumpliré. Me habia jurado á mí misma no ser la esposa de nadie, porque...

En este momento los dos amantes sintieron detrás de sí un gran ruido de voces y caballos, y vieron aparecer cerca de sí á D. Baltasar, Fermin, Paulina y algunos criados con hachas encendidas.

—¡Allí estan! esclamó Paulina corriendo hácia ellos.

—No está herida, murmuró D. Baltasar.

—¡Cómo he corrido! dijo Fermin, ¡y con el pecho tan delicado como lo tengo!... Por fortuna traigo caramelos en el bolsillo.

Todos se acercaron entonces á los dos amantes y cortaron su conversacion. . . . . .

Al entrar en la quinta D. Luis aprovechó un momento en que nadie le veia para estrechar la mano de Margarita; pero esta la retiró precipitadamente diciéndole: He tenido tiempo de reflexionar; toda esperanza es un sueño: no hay amor posible para mí. Olvide Vd. lo que le he dicho.

Y sin aguardar contestacion se reunió con su padre y su primo.

—¡Ah! esclamó D. Luis, ¿será solamente una coqueta? ¿Mirará mi amor como un juguete y se estará burlando de mí? Es necesario que yo penetre este misterio.

IV.

> Las negativas, los desdenes, todos los males que ocasiona el amor, dan mas valor á sus favores; pero si los infernales cel... derraman su veneno en un alma agitada, ... la conceden paz ni tregua.
>
> ARIOSTO

Al dia siguiente fué Luis á casa de Margarita, resuelto á salir de dudas, aunque sin conocer él mismo por qué medios lo conseguiria. Le fué imposible ir por la mañana, porque las sucesivas visitas de un administrador y dos arrendadores se lo impidieron, y tuvo que esperar á la tarde.

Margarita estaba en el jardin. Luis la vió de lejos de pié junto á un banco de mármol, bajo un pequeño cenador de boj cortado, en cuyo centro oscuro se destacaba ella con su blanco traje como una madona en su nicho.

(La continuacion en la página 134.)

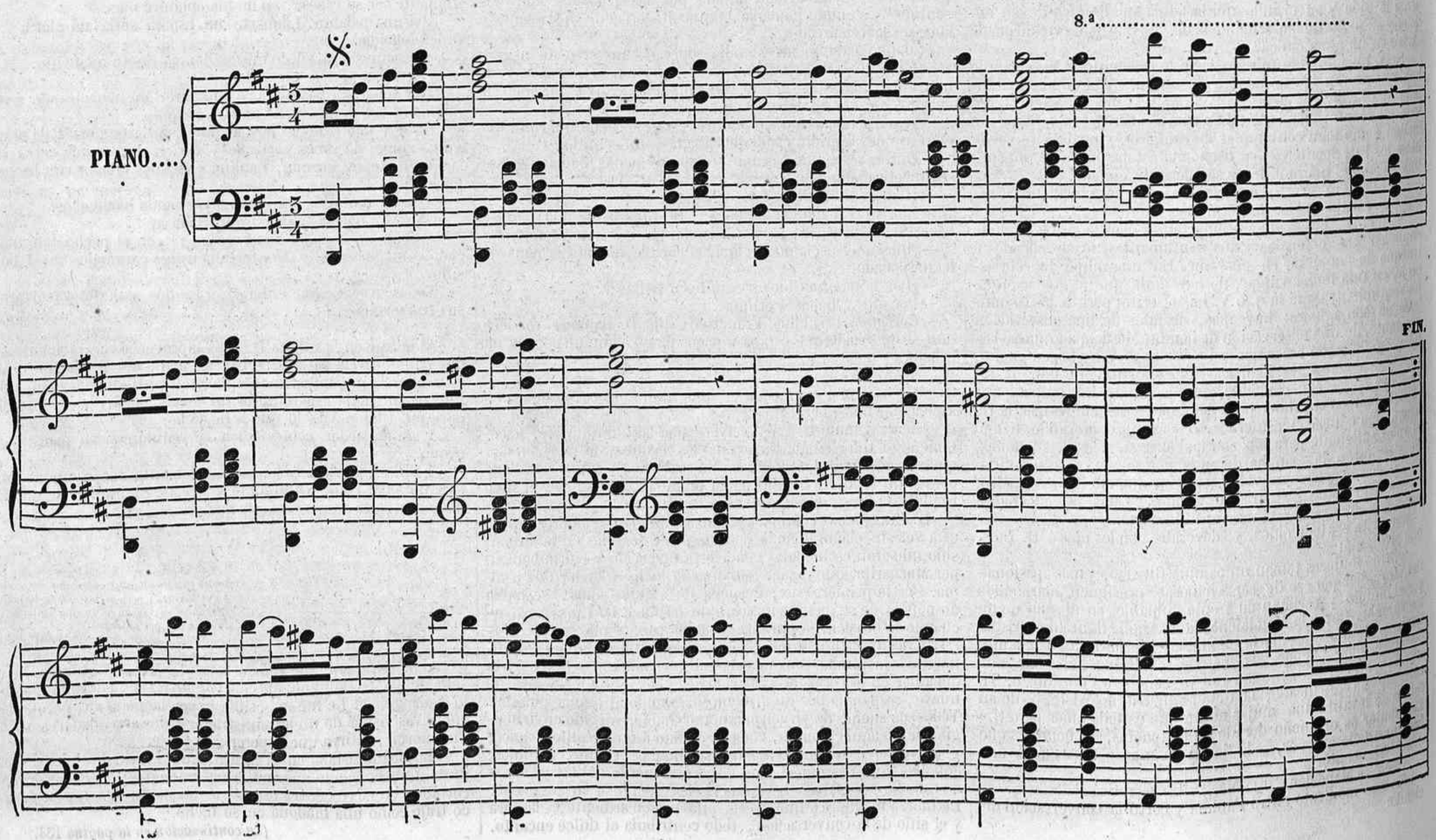
2009 Ministerio de Cultura

ELENA.

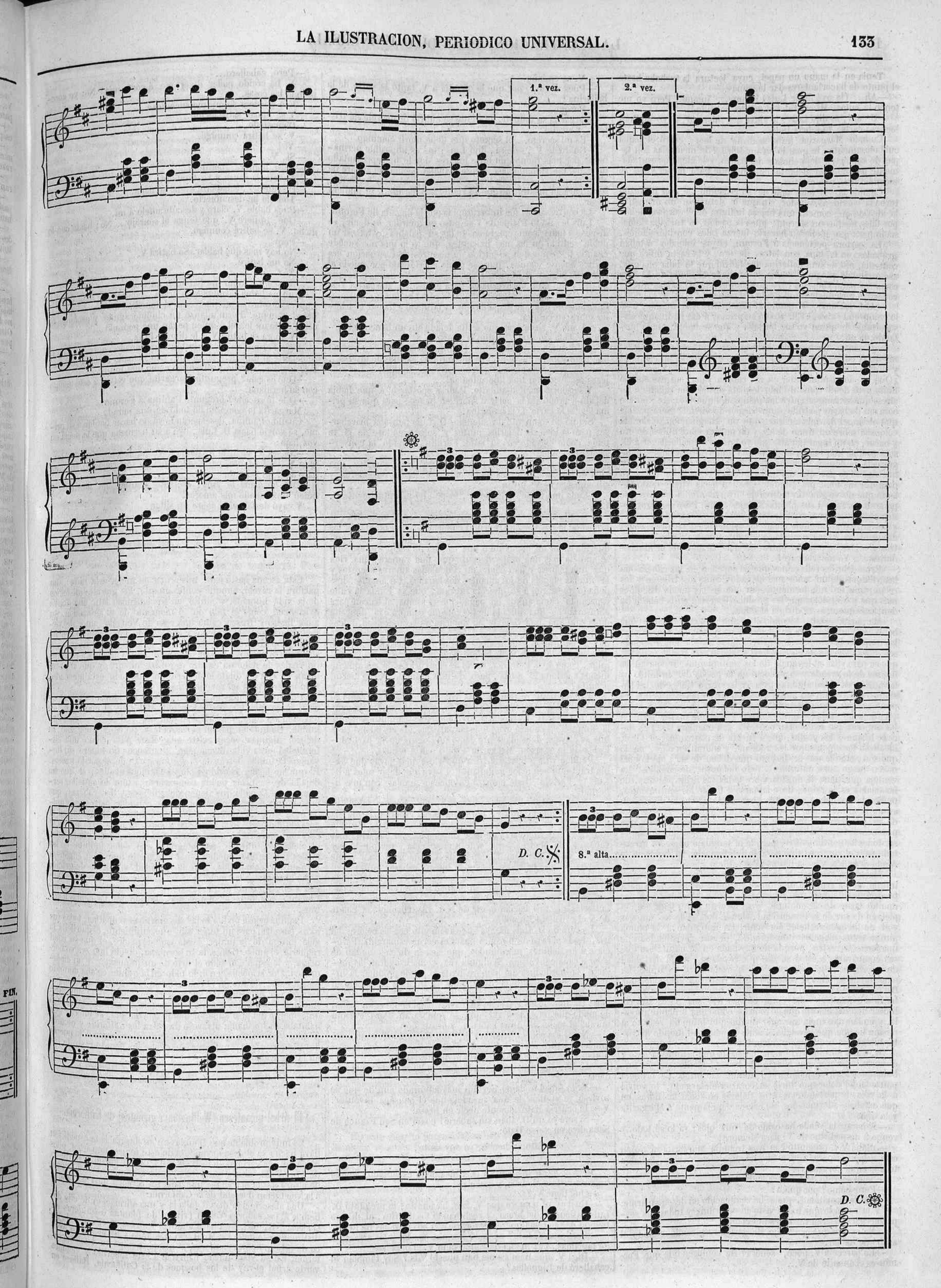
POLKA-MAZOURKA

DEDICADA Á LA SEÑORITA DOÑA ELENA GARCÍA Y SANTISTEBAN,

POR DON ENRIQUE DEL CASTILLO Y ALBA.



2009 Ministerio de Cultura



2009 Ministerio de Cultura

Tenia en la mano un papel, cuya lectura la turbaba hasta el punto de hacerla derramar lágrimas.

—Ah... (la oyó decir Luis) infame... infame! Pero yo me tengo la culpa. Mi credulidad me ha perdido!

—Hé ahí, se dijo Luis, la clave del misterio; si yo pudiera leer esa carta, lo sabria todo.

Cuando Margarita hubo acabado de leer, cerró el papel cuidadosamente, le guardó en un librito de memorias con tapas de concha, le dejó encima del banco, y se alejó apresuradamente pasando por delante de Luis, que para no ser visto se escondió tras una estátua.

Cuando la vió lejos salió de su escondite, y con la razon turbada corrió al cenador, sin que le detuviese un momento la idea de que cometia una bajeza indigna de él sorprendiendo por tales medios un secreto; pues la pasion le turbaba demasiado para que pudiesen hacerle fuerza tales consideraciones.

La cartera pertenecia á Fermin, cuyas iniciales estaban grabadas en la tapa con letras de oro, y la carta única que contenia, era de una bailarina de Madrid que le daba una cita, asegurándole que por él habia despreciado al conde de X. Esta carta fué para Luis un rayo que iluminó las tinieblas que le rodeaban hiriéndole en el fondo del corazon.

—Ah! esclamó estrujando el papel entre sus manos, todo lo comprendo ahora! Ella ama á su primo, á ese badulaque insoportable de quien yo me burlaba y que se habrá estado burlando de mí.

—¡Cuántas noches me habrán visto rondando la quinta, mientras en los brazos el uno del otro reirian de mi candidez y su risa aumentaria sus placeres! Le ama! le ama! ¿Y por qué? ¿Qué puede inspirar amor en esa cabeza vana, en ese cuerpo lindo pero débil como un hilo de plata de los que vagan en los aires, que se rompen entre las manos del que los coge; en ese corazon de barro podrido, aun vírgen de virtud? Será posible que el ángel de mis amores, que mi imaginacion acalorada colocaba sobre un trono de luz y de pureza sobre nubes de oro y nácar, en un lugar tan alto que yo mismo no podia llegar á él, será posible que sea en realidad una mujer despreciable, gangrenada de deseos impuros, y podrida hasta la médula de los huesos? Pero por qué me ha engañado? ¿Qué la he hecho yo para que me tome por juguete? ¿Es tan necia ó tiene tanto talento que no ve sino un motivo de diversion en el hombre que pone su corazon á sus plantas? Mujer al fin. Pero nosotros tenemos la culpa: vemos pasar á la belleza en su carro de triunfos, y nos arrojamos al suelo como los asiáticos en las procesiones de sus ídolos. El carro rueda, quebranta nuestro pecho, y nuestros gemidos se pierden entre las aclamaciones de la muchedumbre... Yo me vengaré!

Estas febriles reflexiones que se suceden en las cabezas de las víctimas de un amor mal pagado, como los truenos y los relámpagos en una tormenta, sin que se las pueda disculpar mas que por el dolor que las produce, hervian en la cabeza de don Luis mientras se dirigia al salon.

Margarita estaba tocando el piano, único calmante que habia encontrado para sus dolores, porque la música es para las mujeres lo que para nosotros el ópio; á cada nota responde una fibra delicada de su corazon, y arrastradas por la melodía, que es para ellas el lenguaje de los sentimientos, traspasan los límites de lo creado y se abisman en la poesía del infinito. De la música se valen algunas para conservarse libres de las pasiones, esplayando sus almas apasionadas en los éxtasis que les produce; pero mas frecuentemente ella las enseña la ternura y la delicadeza de los sentimientos. Por eso la mayor parte de las mujeres que se deleitan con ella son enamoradas. Las sucede lo que á los poetas, que á fuerza de contemplar el ideal, idealizan los objetos que les rodean, y adoran en ellos, no lo que son, sino lo que se figuran que deben de ser; de lo cual nacen luego sus naturales, pero dolorosos desengaños. La ventaja que tiene la música sobre todas las artes poéticas, de las cuales es la reina, de adaptarse á todos los sentimientos, pudiendo traducirse por cada persona de un modo diverso en armonía con el estado de su alma; esta ventaja que es el secreto de su popularidad, la hace preferible para las personas que padecen á la poesía de palabras que casi nunca puede espresar todos los sentimientos, porque el lenguaje no se ha inventado para el corazon, sino para la inteligencia. El emblema de Apolo es la lira, y no la pluma ni el estilete.

Margarita tenia en la música su único placer. Al mágico influjo de la armonía una dulce voluptuosidad se derramaba perezosamente por sus miembros; sentia desatarse uno por uno los lazos de la materia, y su espíritu libre flotaba en el piélago de luz de la inmensidad, donde flota el de los ángeles y el de las generaciones por venir. Es imposible á la pluma pintar estos placeres inmateriales, ni aun revistiéndolos de una forma terrestre, porque no hay nada en la naturaleza que sea comparable á estos sueños que revela al alma la divinidad de su origen, abriendo ante ella las puertas del Paraiso. La emocion de su alma se reflejaba en su rostro de tal modo, que D. Luis quedó mudo de sorpresa un breve instante. Nunca habia adivinado en ella tanta belleza. De sus poros parecia brotar una luz celeste que la rodeaba como una brillante aureola, y en sus ojos lucia un amor divino que infundia respeto al mismo tiempo que revelaba al alma humana un mundo de voluptuosidades esquisitas y misteriosas.

D. Luis no se atrevió á hablar hasta que la música cesó y el encanto terminó con ella; pero desatadas entonces sus turbulentas ideas, enajenaron en tumulto su razon. La primera punzada del dolor que hirió su corazon aletargado, le volvió á la vida despertando los otros dolores en todas las fibras en que estaban adormecidos. Se acercó rápidamente á Margarita y la dijo:

—Señora, la venda ha caido de mis ojos; ya lo sé todo, y vengo á despedirme de V. para siempre!

—¿Sabe V... preguntó con voz trémula Margarita, á quien este golpe inesperado en medio de sus dulces sueños, la habia tocado en el corazon...

—Sé el secreto de V., respondió Luis.

—Pero cómo? por quién?

—Por la casualidad, que se ha complacido en desengañarme.

Y la contó lo que habia visto en el jardin, y todas sus sospechas para él eran verdades indudables.

—No es mas que eso? dijo Margarita respirando cuando él acabó de hablar.

—Le parece á V. poco, señora? He comprendido que Fermin es el amante de V...

—V. se engaña.

—Pues si no, ¿por qué la ofendia á V. tanto la carta de la bailarina?

—Porque...

Margarita se detuvo: su frente se cubrió de un velo de tristeza, y añadió:

—Es mi secreto... el secreto que debe morir conmigo.

—Guárdele V., señora, dijo Luis; me es imposible permanecer por mas tiempo en unos lugares donde he representado un papel tan ridículo: así es que mañana mismo me alejaré de ellos; pero que ese jóven tenga bastante prudencia hasta mañana para no mostrarme que se rie de mí, porque... le pudiera pesar.

La conversacion fué interrumpida por la llegada de Fermin.

Luis le saludó friamente y se puso en guardia, es decir, se dispuso á tomar como epígramas todas sus palabras, y buscar un doble sentido en las mas inocentes, que es lo que nos sucede cuando tememos que se burlen de nosotros. Su situacion era esencialmente cómica, pues se ponia en ridículo por miedo al ridículo, situacion frecuente en la comedia humana, pero que no he visto aun aprovechada para el teatro. Margarita veia acercarse la tempestad; pero no sabia cómo evitarla; y Fermin, ignorante de todo, se disponia con su fatuidad á llamar el trueno sobre su cabeza.

—Tome V. su cartera que se ha dejado en un banco del jardin olvidada sin duda, le dijo D. Luis.

—Oh! muchas gracias, dijo Fermin tomándola; en verdad que temí haberla perdido, porque contiene papeles de interés... secretos de la vida privada que no conviene divulgar... Las mujeres escriben con una imprudencia!...

Y se sonrió maliciosamente. Podria apostarse á que habia dejado á propósito la cartera sobre el banco, para que su prima leyera la carta de la bailarina.

Siguió un momento de silencio. D. Luis pensaba marcharse; pero la idea de dejarlos juntos y solos riéndose de él, le tenia como clavado en su sitio. Fermin reanudó la conversacion diciendo:

—V., señor D. Luis, es quien hace una vida ejemplar, una vida de anacoreta. Nunca le he oido á V. hablar de amores, y sin embargo es V. jóven.

—Cada uno tiene su carácter, respondió maquinalmente D. Luis.

—Sí; pero esa reserva es un anacronismo en el siglo XIX, es propia de la edad media (Fermin conocia la edad media por los dramas románticos). Ahora el amor es un lujo, y se hace una querida como un diamante ó una cadena de reloj. Por eso solo se aprecia mas una mujer decente que una ramera, una rica que una pobre, y han caido en ridículo los amores secretos y las mudas elegías de los amantes desdeñados. Un amante desdeñado que sigue á su querida ingrata, que la ronda la calle esperando como ánima en pena, que se asoma al balcon para abrasarla con una mirada de fuego, que compra á la doncella de la casa una liga vieja de su señorita esplayándose en dulces voluptuosidades, cubriéndola de apasionados besos; un amante de esta naturaleza solo produce risa y no compasion. El vulgo dice señalándole con el dedo que hace el oso, y su amada enemiga, como diria Petrarca, se rie de él en brazos de un amante menos apasionado quizá, pero de mas mundo. ¿No es cierto, primita?

Aunque nadie respondia á las palabras de Fermin, como él veia que era oido y trataba su tema favorito, se escuchaba como á un oráculo. D. Luis sentia arremolinarse tumultuosamente la sangre á su cabeza oyendo estas palabras, de las cuales cada una se clavaba delicadamente como una aguja en la parte dolorida de su corazon. Margarita estaba sobre ascuas.

Paulina vino á buscarla para que viese unas joyas que habia traido un vendedor ambulante, y tuvo que dejar solos á D. Luis y Fermin. Este empezó entonces á hablar con mas libertad.

—No me gusta divagar con teorías, dijo, porque sabido es que todo se puede probar; pero una larga esperiencia me ha demostrado la verdad de cuanto acabo de esponer. En este *souvenirs* hay una carta de una muchacha, la bailarina mas vaporosa de Madrid, una wili humanizada, que puede ser prueba de lo que digo. El conde de X la hacia el amor y me divertia en que le diera citas y le hiciese esperar junto á su cuarto, donde yo estaba con ella haciéndola la corte. Mi linda Grabielli le dirigia de cuando en cuando palabras acarameladas, y el conde respondia con juramentos de amor, súplicas y galanterías que nos hacian morir de risa. Llamábamos al conde de X el caballero Lignolles.

La cara de D. Luis pasaba sucesivamente por los colores del iris, desde el rayo de púrpura hasta el verde esmeralda. Parecíase á los delfines moribundos que segun dicen, mudan de color á cada convulsion. Si alguna vez, como aseguran los médicos, la mordedura del hombre irritado puede producir la hidrofobia, seguramente la de D. Luis la hubiese producido en aquel momento. No veia, porque un velo de sangre cubria sus ojos; las hinchadas venas de su frente bañada de sudor latian de modo que podia temerse que se quebraran. Pero Fermin miraba al techo mientras hablaba, y prosiguió:

—No es esa sola la aventura que me ha pasado, y no hace mucho que otro tonto..! *Les sots sont ici bas pour nos menús plaisirs...* otro tonto me ha servido de diversion.

—Lo sé, dijo con voz ronca D. Luis admirado de tanta audacia.

—V. lo sabe! esclamó Fermin mas admirado aun de que se tuviese ya noticia de una anécdota que él pensaba inventar. Y se le ocurrió naturalmente decir en prosa:

—Si seré yo un D. Juan sin saberlo! como en San Franco de Sena dice en verso Dato:

Esto es hecho, yo soy santo,
Y no me habia conocido!

Pero al mirar fijamente á D. Luis quedó espantado como si hubiese visto á Medusa, y esclamó:

—Qué tiene V.?

—Cuál es el nombre que V. me ha puesto? le preguntó D. Luis, asiéndole del brazo, y rechinando los dientes, al mismo tiempo que parecia querer devorarle con sus miradas de fuego.

—Pero está V. loco? esclamó Fermin con los ojos arrasados de lágrimas. Ay! me ha desconcertado V. el brazo!

—Diga V. qué nombre me han puesto Vds.? Soy tambien el caballero de Lignolles?

—Pero, caballero...

—V. ha creido poder divertirse á costa mia? No: yo comprendo las cosas.

—Eso quisiera yo que me sucediese.

—Y sé tomar satisfaccion.

—Demasiado.

—V. se batirá conmigo.

—Yo!

—Sí, V.,

—Pero, hombre, ¿por qué?

—V. sabe la causa y yo tambien.

—Dispense V. caballero; yo no sé nada.

—Todo lo he descubierto.

—Pues hable V. claro y descúbramelo á mí.

—Qué, ¿quiere V. que tenga el sonrojo... No; basta con lo dicho. V. se batirá conmigo.

—Pero...

—No hay mas qué hablar. Se batira V.

—No me batiré.

—No?

—No señor: yo no me bato con un loco.

Aun no habia terminado la frase, cuando la mano de D. Luis cayó sobre su mejilla como el martillo de un cíclope sobre el yunque. Fermin lanzó un chillido agudo y prolongado como el de un lebrel á quien pegan una pedrada

—Y ahora se batirá V.? le dijo D. Luis.

Pero Fermin no le contestó: arrinconado contra la pared, semejante al espectro del miedo, con la mano en la acardenalada mejilla, lloraba y suspiraba como una mujer.

—Qué es esto? preguntó Margarita que volvia á este tiempo con su hermana.

—Qué te sucede? preguntó Paulina á Fermin.

Margarita lo comprendió todo de una mirada.

Cuando Paulina, desesperando ya de hacer hablar á su primo, se volvió hácia D. Luis, oyó á su hermana que le decia en voz baja:

—No sea V. loco; le he dicho á V. que le amo, y me ha tratado V. lo bastante para saber que no soy coqueta. Mañana fiaré á V. mi secreto.

—Mi hermana le ama! esclamó Paulina; mi hermana á quien he confiado mis amores!

Y cayó desfallecida sobre un sillon.

V.

Oh! que no pueda yo olvidar como se me olvida!

BYRON.

Esta escena bastó para trasformar en mujer á la niña: una palabra la reveló, aunque confusamente, los grandes misterios de la vida humana, y sintió en sus entrañas latir una nueva existencia, como el feto en el momento de su animacion. Su amor ligero y fresco como una rosa de Vengala, amor de vírgen apenas sentido y menos comprendido aun, tomó de repente las proporciones mas gigantescas de la pasion ardiente, con sus tormentas, cuyo salvaje concierto templa el alma á placeres infernales de dolorosa cuanto esquisita dulzura, y que al pasar dejan en ella un dilatado desierto en que todo está quemado, todo muerto para no revivir jamás.

Placeres de jugador que no todas las almas saben apreciar; pero que queman los lábios del que á ellos lleva su envenenada copa, y le abrasan con una sed eterna é inestinguible. Cuando la pasion es verdadera, no es el amor sino su delirio: algunas veces existe sola; otras pasa como una enfermedad en la vida del corazon, y entonces no muere sin llevarse á la tumba detrás de sí alguna parte de él por lo menos. El que no las ha sentido, solo ha vivido á medias; el que ha dejado de sentirlas puede compararse á una de aquellas serpientes del Canadá que tienen dos cuerpos y dos cabezas; que cuando una muere, muere su cuerpo con ella; pero queda unido á la otra que perece al fin de su muerte. Desarrolla en el corazon del poeta toda la poesía, y comunican la suya propia al corazon prosáico en que se arraigan. Ellas hacen comprender el cielo y el infierno, esa alegría y ese dolor infinitos de los cuales los sentidos pueden tener solamente una idea engañosa y raquítica como ellos. Son la felicidad y son la desgracia: como al genio se las maldice, y no se sabe ni se quiere renunciar á ellas, porque el que las siente se enorgullece de su sentimiento, y solo por él se cree mas elevado que los demás hombres.

Paulina celosa olvidó todas sus antiguas simpatías, todas sus ideas pasadas, para no tener sino un sentimiento, el que llena la vida entera de la mujer, hasta que es madre, el que su edad requeria, el amor. Celosa de su hermana, olvidó que era su hermana, y la espió con todo el arte de un inquisidor ó un diplomático. Por la noche, cuando todo en la quinta estaba dormido escepto ella, vió luz en el cuarto de su hermana, y adivinó que escribia por el reflejo de su sombra en la pared de enfrente. Entonces, sin darse cuenta á sí propia de sus acciones, bajó dulcemente del piso superior donde ella dormia, al inferior que habitaba su hermana; atravesó descalza los solitarios y oscuros pasillos, silenciosa como un espectro, y se acercó á la puerta de Margarita, por cuya cerradura salia un dorado rayo de luz en la oscuridad.

(*Continuará.*)

(Está aprobada por el censor.)

El árbol gigantesco (Wellingtonia gigantea) de California.

Es muy problable que Douglas en su desgraciada espedicion haya hecho ya el descubrimiento de este majestuoso árbol, pues habla en una carta Willian Hooker de un *taxodium* gigantesco de 270 piés de altura y de 32 piés de circunferencia á 3 piés de altura desde el suelo, y que daba un carácter muy particular á la vejetacion florestal de la California.

Una descripcion mas detallada y una afirmacion de ello debemos á los señores Veitch (vivero de plantas estranjeras en Chelsea y Exeter), que hace algunas semanas recibieron de su distinguido compilador Mr. Lobb la semilla y un arbustito fresco de estas notables coníferas, al mismo tiempo un detallado informe. En su vista puede llamarse á este soberbio y siempre verde árbol el rey de los bosques de la California. Hállase en

2009 Ministerio de Cultura

un distrito solitario y á las márgenes de los rios de Estanislo y San Antonio, á los 30° de longitud septentrional y 120° de longitud occidental sobre la falda de la Sierra nevada, una altura de 5,000 pies sobre el nivel del mar. Lobb halló allí unos 80 á 90 troncos, todos en un radio de una milla inglesa de 250 á 320 pies de altura con 10 á 12 pies de diámetro. Su forma se parece á la de la *Sequoia* (*tasodium*) *sempervirens*. Algunos estaban solos; otros á pares y otros tambien, y esto no era raro, tres ó cuatro juntos. Un árbol recien cortado tenia 300 pies de largo con un diámetro (incluso la corteza) de 29 pies 2 pulgadas en flor de tierra. A la distancia de 18 pies del suelo era el diámetro aun de 14 pies 6 pulgadas, y á la de 200 pies de 5 pies 5 pulgadas. La corteza es de color de canela clara y tiene 12 á 15 pulgadas de grueso. Las ramas son redondas en parte, pendientes y parecidas á las del ciprés ó del enebro. Los hojas son de color verde claro de yerba, y anchas en los árboles jóvenes con una fuerte y aguda punta. La cápsula fructífera es de 2 1[2 pulgadas de longitud y de 2 pulgadas en la mayor anchura. El tronco del árbol en cuestion era completamente sólido desde la albura hasta el corazon, y demostraba, segun los círculos anuales, una edad de 3000 años. Debe por lo tanto haber ya existido, aunque sea como planta pequeña cuando Sanson batió á los filisteos, cuando el pérfido Paris, abusando de la hospitalidad, robó á Elena, y el piadoso héroe Eneas salvó de la Troya incendiada ó su padre Anquises. La madera de la *Wellingtonia* es ligera, blanda, de color rojizo, y se parecia á la del Brasil ó á la del *Taxodium sempervirens*. De la parte inferior de e te árbol se quitó la corteza en una longitud de 20 pies, que se llevó á San Francisco para ser espuesta á la vista del público. Aquí formó en su estado natural un tapiz bastante grande para que cupiesen en él un piano y asientos para 40 personas. En una ocasion se instalaron en él con comodidad 140 niños.

De sus cualidades y de sus señales científicas y característica resulta que la *Wellingtonia* forma una especie enteramente nueva, que es completamente distinta de todas las conocidas hasta ahora. Considerada bajo el punto de vista de la utilidad que ofrece á los jardines, no puede apreciarse lo bastante de dicho árbol, pues como este es siempre verde, crece sin duda ninguna en su juventud, y podrá resistir á la rígida temperatura de la Inglaterra, ofreciendo una perspectiva verdaderamente majestuosa.

El diamante estraordinario que ha sido remitido últimamente al banco de Inglaterra desde Rio Janeiro, y del cual hemos hablado ya en uno de nuestros números anteriores, ha sido recientemente visto por la reina de Inglaterra. Pesa 254 1/4 quilates, es del agua mas pura y es probable que después de pulimentado esceda en tamaño y brillantez al célebre *Koh-i-noor* de la gran esposicion de Londres.

—En Bélgica se acaba de formar una compañía para poner en planta y en gran escala el sistema de la produccion artificial de los peces, que después de haber sido empleado en Francia con un brillante éxito, ha sido adoptado igualmente con buen resultado en Irlanda, Escocia é Inglaterra. El gobierno francés, como tambien las autoridades locales de este país, no ahorran ni trabajo ni gasto para tenerlo aplicado á todos los riachuelos, rios y estanques, y por medio de él se hallan en el caso de poder naturalizar en las aguas de Francia, el salmon escocés y las clases especiales de peces de la Suiza. En Holanda y otras partes del Continente se ha principiado ya á introducir dicho sistema, y en el trascurso de pocos años sin duda alguna estará empleado universalmente.

EL CURA PÁRROCO DEL SIGLO XIX.

En medio de la gran familia humana, comunidad regida por diversos intereses, conmovida por encontradas ideas, agitada por diferentes pasiones mas ó menos elevadas, mas ó menes violentas; en la mitad de un siglo y de una generacion que ha plagiado á otros siglos y otras generaciones, raza nueva que surge en el mundo con pretensiones colosales, que aparece en la escena de los tiempos ataviada con todos los adelantos y glorias de las demás razas que le han precedido; que llena de orgullo dirige una mirada desdeñosa hácia el pasado y otra mirada triunfante hácia el futuro; en medio de esta comunidad, de este siglo, de esta raza, de esta generacion, no bien conocida aun ni por sus mismos historiadores, se encuentra una clase de seres sin nombre propio y sin existencia física, por decirlo así, desprovistos de una influencia directa en la marcha material de las naciones, sin participacion en los lauros que distribuyen á otros muchos mortales las crónicas gloriosas de su época. Ved á un individuo de esa clase: su vestido es oscuro y sencillo, su mirada apacible y dulce, su paso lento y majestuoso, á la vez que natural y modesto. ¿Quién es este hombre? ¿Adónde camina entre esas turbas de vivientes que apenas fijan en él sus ojos? ¿Cuál es el destino, cuál la mision que trae á la tierra?... Trasladaos con el espíritu á una pequeña poblacion cristiana. Mirad: hay una estensa plaza; allí se descubre un templo humilde; el tañido de la campana atrae á aquel sitio multitud de fieles... Son llamados para tomar parte en una solemne ceremonia, en un espectáculo magnífico. Entrad en el templo: se oye un cántico tierno y sencillo que debe inspirar en la concurrencia el recogimiento del alma y los pensamientos religiosos. El hombre, abstraido del mundo por aquella música sagrada, trasporta sin duda su corazon al cielo. Entonces reconoce su pequeñez y su impotencia delante de un Dios Todopoderoso, confesando á la par en el retiro de su pecho los errores y flaquezas con que ha injuriado á este mismo Criador Supremo. Al primer cántico sucede un himno de gratitud y regocijo: el *gloria in escelsis* resuena en las bóvedas del santuario... Escuchad: le ha comenzado aquel oscurecido mortal que há pocos instantes cruzaba entre la muchedumbre con vista humilde y traje modesto. Ya no lleva aquel traje; su vestidura negra ha sido reemplazada con la limpísima túnica de un lino como de nieve, símbolo de la inocencia y del candor de su alma; se ha ceñido el cíngulo, emblema de su castidad: y sobre el resto del ropaje, como demostrando que se eleva la caridad sobre las demas virtudes, ostenta el signo de esta virtud, príncipe cubierto de seda y oro. En pie junto al ara donde se consuma el sacrificio de la nueva ley, y delante del tabernáculo donde se custodia por efecto de un prodigio inefable á todo un Dios Omnipotente, para quien seria reducido sagrario la inmensidad del universo, hace subir á las alturas en nombre del concurso una plegaria breve, pero enérgica y elocuente. En seguida lee al pueblo las Escrituras, y se presenta en esa gran cátedra del género humano, santificada por una milagrosa doctrina. Oidle: su voz es la voz de la religion, su acento el acento de la verdad, su palabra en eco vivo y continuado de la palabra del Eterno escrita un aquellos libros misteriosos depositarios de la revelacion y del dogma. Quiere introducir suavemente ese dogma en el entendimiento mas limitado; habla á la fé y habla á la razon en el tono del convencimiento y de una ciencia sólidamente formada; deduce de sus propias esplicaciones grandes consecuencias que pasan á ser axiomas ó mas bien preceptos de una moral divina; hace esplicaciones de estos preceptos ó leyes para inspirar amor á la virtud ó para reprender con dulzura á la asamblea que le escucha, y termina su discurso dejando tiernas impresiones de piedad, tal vez en el corazon menos inclinado á admitirlas. De nuevo aparece delante del tabernáculo. Se dispone ya para el acto mas tremendo y mas agusto de la Religion y del sacerdocio. Al *Hosanna* sucede un silencio solemne. Una nube de incienso circunda el altar y penetra en el empíreo... La imaginacion, engrandecida por la fé, puede distinguir á través de aquel humo sagrado la víctima inmaculada y santísima del sacrificio; puede mas aun, puede remontarse hasta el solio de la divinidad para asistir al milagro por escelencia, á un misterio sublime, que es el complemento de todos los milagros y de todos los misterios. Fijad la vista en el que ha efectuado esa maravillosa inmolacion: es otro Abel ofreciendo al Señor agradables dones; es un recuerdo de Abrahan sobre el monte Moria; es una especie de viva significacion de aquel místico rey de Salem, sacerdote imperecedero del Altísimo. Interrumpe el profundo silencio que le rodea con la admirable oracion pronunciada por el Salvador del mundo, y después de haber recomendado al mismo Jesucristo su grey y la iglesia toda, consume la víctima misteriosa. concluye el sacrificio, despide al pueblo bendiciéndole, y se retira lleno de amor y reconocimiento hácia un Dios que le ha investido con aquella dignidad sobrehumana.

Habeis contemplado á este mortal sin nombre y sin historia en el ejercicio de las funciones mas bellas y mas elevadas de su ministerio, en la misa popular, en la sola ocasion donde los fieles le dan un público testimonio de respeto y obediencia á su autoridad espiritual, congregándose cuando los llama, prestándose con sumision á oirle, y como reconociéndole de un modo tácito por el representante del cielo en aquella feligresía, por el depositario y dispensador de los bienes eternos del cristianismo, maestro de la ley y pastor de sus almas. Ya le habreis conocido. Seguidle, y sabreis adónde camina.

Al cerrarse tras él las puertas del templo parece que le marcan los límites de su jurisdiccion; parece que le dicen que fuera de aquellos venerables muros casi no se reconoce la autoridad del cura párroco. Vuelve á cruzar por entre la muchedumbre que en un dia festivo llena las calles y las plazas. Si alguno le cede el paso, si alguno se descubre la cabeza para saludarle, será muchas veces por consideraciones de pura política, debidas á la educacion ó á la amistad; las menos por respeto á su carácter de ministro del rey de los reyes. Los trastornos que han sufrido las creencias y las costumbres, parto mas bien que de las revoluciones políticas, porque revoluciones ha habido en todos los siglos, mas bien que parto de la mudanza en las formas de los gobiernos de la tierra, parto del orgullo de la inteligencia humana; orgullo que erige á la misma razon en potes ad suprema para llamar á exámen la obra mas prodigiosa del Excelso, la religion, una obra cuya grandeza es superior á los mayores esfuerzos de la lógica de todos los hombres, de todos los tiempos; ese trastorno, vuelvo á decir, en la fé y en las costumbres, hijo de ese orgullo, de esa soberbia intelectual de estas últimas generaciones, ha destruido hasta en el corazon del aldeano mas humilde aquella veneracion y aquel prestigio que en él debió conquistarse el cura párroco por la supremacía del saber, por la nobleza y santidad de unos consejos, fruto de su virtud ó de las doctrinas que enseña, ya que no haya sido por la uncion é investidura del sacerdocio. Alguna inobservancia en la disciplina eclesiástica, algunos escándalos propios de la fragilidad de nuestra naturaleza, han contribuido tambien á la pérdida de este prestigio: pero esto es igualmente un efecto de la presuncion de los jueces humanos, ya que no efecto de la ignorancia; para un buen criterio esas flaquezas, esos escándalos son parciales; y por alto que suba el guarismo que los indique, nunca puede significar que el cuerpo todo, que la clase entera haya de merecer el mismo fallo.

Concedamos que en este pueblo ó en esta feligresía ocupa el párroco un buen lugar en los corazones y en la opinion de su rebaño; ora porque los feligreses, por circunstancias especiales hayan conservado mas fé ó menos indiferencia á las verdades del cristianismo, ora porque el pastor, con la doble predicacion de la palabra y del ejemplo, haya despertado los instintos piadosos, obrando una reaccion saludable; aun entre esos fieles privilegiados la presencia del cura no tiene ya suficiente fuerza moral para hacer que se le olvide el individuo de la sociedad por el ungido funcionario del templo, el hombre por el sacerdote. Se le tributa un respeto mundano y no un respeto religioso; se reciben sus trabajos evangélicos como una emanacion de su celo ó de su sabiduria, y no como una emanacion de aquella asistencia celestial del Parácleto prometida á los ministros de Jesucristo. Le dan gratuitamente en importancia profana cuanto le quitan sin justicia de su carácter sagrado.

En este distrito parroquial se han reunido una familia, dos familias, muchas familias si se quiere. El júbilo anima y embellece los semblantes; la risa aparece en los labios de la mayor parte del concurso; se espera una solemnidad doméstica, un fausto acontecimiento que ha de formar época en la ignorada crónica de una de aquellas familias. ¿Qué falta ya? Falta el magistrado á quien designan la legislacion de la Iglesia y la legislacion de naciones católicas, para autorizar un contrato y un sacramento, que son la base y el eje de los Estados. Aquel ser humilde, en el que apenas fija su atencion el mundo, va á sostener con su débil mano este mundo, esta soberbia asociacion de mortales; va á poner en el gran edificio de la humanidad una piedra pequeña, pero que solo es dado quitar al poder del Hacedor Supremo. Se presenta, une los manos de los contrayentes y bendice el matrimonio. Esta presencia y esta bendicion pasan desapercibidas en el orbe, como un céfiro que suavemente cruza por la atmósfera; pero que han dejado una huella que no borrará hombre ninguno. Este momento se pierde en la inmensidad de los siglos, como se puede en los mares una ola; pero ha de venir á parecer en la eternidad, y ha de ser contado despues que los siglos no existan. Desposada, ¿has comprendido todo lo que es entonces el ministro de los altares, y todo lo que ha hecho en el cielo y en la tierra? Desposado, ¿ves siempre en el cura el magistrado de la religion y no el magistrado civil que te asegura una rica dote, ó la posesion de la belleza, ó la realidad de ilusiones doradas ó la consecucion de cualesquier otro objeto? ¿Quedais comentando estas santas palabras que han salido de su boca: «*Bienaventurado el varon, y bendita la descendencia del varon, que no busque mas cariño que el cariño de la esposa que ha tomado. Bendita la mujer buena, su virtud será en su casa el sol que viene de las altísimas moradas del Omnipotente*?» ¿Conservais aun algun recuerdo de aquel episodio sublime de las bodas de Tobías y Sara....? Nó: la idea religiosa ha dominado cortos instantes para ceder su puesto á la idea de una dicha toda terrena: la materia ha triunfado casi naturalmente del espíritu. El párroco es ya un personaje inútil, si no un espectador embarazoso, en aquel drama donde figuran alegrías puramente sensuales que estan en contraposicion con lo que él representa. No se admira de esto, porque es filósofo y filósofo cristiano; pero abandona en breve un sitio donde su verdadera significacion y su verdadera importancia ya se han desconocido ú olvidado.

Seguidle: en otra parte hay satisfacciones de un órden mas superior. El gozo de la paternidad, este placer indefinible que es como una segunda caricia de la felicidad conyugal, ha congregado algunos deudos y amigos. El cura párroco debe tambien participar de aquel júbilo; tiene el derecho legítimo, ya que no esclusivamente, de recibir al infante del seno de esta naturaleza toda mortal, para darle una existencia de duracion toda perpétua; de trasportarle del mundo antiguo á un nuevo mundo regenerado, con los prodigios y con la sangre del hijo maravilloso de una vírgen; de hacerle pasar del reinado del error al reinado de la verdad, de las tinieblas á la luz, de la culpa á la gracia, desde Satanás hasta Dios. Pero esta hermosa transicion que obra al poder de su Verbo y de unas gotas de agua, líquido santificado por el contacto divino de Jesús há cerca de veinte siglos, allá en regiones remotas no muy distantes de Nazarét; esta especie de milagrosa peripecia que no se lee en mas historias que en la historia del cristianismo, apenas es apreciada por los mismos cristianos en cuya presencia se verifica. Un nombre gracioso para esa criatura, un proyecto para su porvenir que halaga el amor ó el orgullo de los padres, el reconocimiento de belleza y de semejanza de semblantes, las galas que le adornan en el acto, cualesquiera pensamiento frívolo destruye al pensamiento religioso, y casi no se descubre lo augusto y solemne de la ceremonia, no se ve en el ungido del santuario un sucesor entonces de aquel ángel del desierto que en las sagradas riberas del Jordan bautizó al autor del bautismo.

Tampoco se sorprende el cura de una consecuencia tan natural como injustificada, bien del indiferentismo de las generaciones actuales hácia todo lo piadoso, bien de la imbecilidad del hombre inherente á sus imperfecciones, hijas de la primera transgresion de la voluntad eterna. «¡Incautos! dice tal vez »al separarse de aquella bulliciosa reunion, acogeis ciega»mente esa dicha de un instante, imperceptible aun en la »breve vida del tiempo, sin bendecir la mano que os la envia, »sin alzar vuestros ojos agradecidos al punto de donde viene, »sin aspirar á otros goces menos efímeros y mas puros. Dis»frutad tranquilamente esa dicha que ahora os parece intermi»nable; dormid hoy el sueño de las ilusiones terrenas eman»cipados del cielo. Cuando os encontrais en la prosperidad »sois, á vuestro juicio, suficientemente poderosos para que se »os permita olvidar á Dios y á su providencia. Este es un fe»nómeno del entendimiento ó de la voluntad, bastante comun »pero no disculpable. Dormid; mañana, hoy mismo acaso »volveré yo de parte de esta divinidad que posponeis al mun»do, para despertaros con una salmodia fúnebre, para arreba»taros esa prenda de ventura que no habeis sabido recibir »de su mano omnipotente.»

Con efecto, el párroco, testigo y compañero inseparable así del dolor como de la alegría, así de la felicidad como del infortunio de sus feligreses, los ha de seguir siempre desde la cuna hasta el sepulcro, aunque trascurran numerosos años; porque mueren su nombre y su persona, y no concluye su vida; porque tiene existencia moral y no tiene existencia física. No obstante, los vivientes pasan á su lado sin advertir las mas veces la íntima relacion, los estrechos vínculos religiosos y sociales que hay entre ellos y aquel funcionario eclesiástico; y este desvío y esta indiferencia son tanto mas frecuentes, cuanto mayores son los pueblos y las feligresías. Ved si no las calles de una ciudad de católicos. Por sus aceras modestamente marcha este ministro del Evangelio, rector de una parroquia. En direccion opuesta viene otra mortal; ora sea individuo de la milicia, ora de la magistratura; ya profesor de una ciencia, ya maestro de un arte; bien pertenezca á esta ó á la otra clase, bien no pertenezca á ninguna. Viene con el cuello erguido, rostro adusto ó placentero, pero desdeñoso. Su continente revela el convencimiento del propio mérito. Se mira á sí mismo de vez en cuando con notable complacencia, trae un vestido de tela que brilla y de corte moderno.... Ya llegan á encontrarse frente á frente; se rozan el hombro del uno con el hombro del otro, y siguen sus diferentes caminos. ¿Qué demostraciones de aprecio habeis observado en el último personaje hácia el primer personaje, en el seglar hácia el sacerdote? Ninguna. No le ha saludado siquiera; y si le tiende una mirada, ha sido con cierto aire de superioridad; aquella mirada presuntuosa que hace traicion á la necedad mas estudiosamente encubierta; aquella mirada altiva que pone de manifiesto toda la pequeñez y toda la futilidad de un ser muy comun, cuyas aspiraciones no se estienden mas allá de una limitada esfera de objetos, tal vez inútiles, completamente inútiles, cuyo pensamiento no busca su natural espansion, su verdadera luz, no ensancha sus horizontes, no se eleva en pos del engrandecimiento á que es llamado por el espíritu infinito de donde emana. El eclesiástico no vuelve desprecio por desprecio; no se mofa de esta flaqueza humana, porque la filosofía divina que profesa le ha en-

2009 Ministerio de Cultura

señado á ser tolerante, caritativo y generoso con las miserias de sus hermanos. Antes bien dirigiendo la vista con paternal compasion á aquel mortal que se aleja tan pagado de sí propio, se dirá interiormente: «¡Desgraciado »hijo mio! ¡Cuán lastimoso es tu error! ¿sobre »qué cimientos habrás apoyado ese alcázar de »tu soberbia? ¿Cuáles son las credenciales con »que te presentas á la sociedad, haciendo va»ler el derecho de mirar con desden á tus se»mejantes? ¿Qué títulos de gloria ennoblecen »tu cabeza á la faz del mundo, para exigirle su »admiracion ó su envidia? ¿Serán por ventura »esas maneras afectadas, que no pueden ocul»tar tus ridículas pretensiones á aparecer colo»cado en una posicion elevada, en un rango »que le crees superior al nuestro? ¿Serán tan »solo esos trapos relucientes que visten la breve »mortalidad de tu cuerpo? ¡Insensato! Una ha »de venir, y esta llega con muy cortas escep»ciones á todos los cristianos; una hora supre»ma en la que has de abrir los ojos para con»templarte en tu mayor desnudez, en medio de »la miseria de tu naturaleza; una hora sagrada »que es para la religion y para el sacerdocio lo »que será para Dios su DIA GRANDE; momento »santo en que, depurada la verdad entre las »sombras de la muerte, ha de resplandecer »sobre la cabecera de tu lecho. Entonces, al »lado de esta verdad divina me buscarás á mí, »al ministro de esa misma verdad, al hombre »que hoy miras con arrogancia y con despre»cio. Y yo no he de recordar este desprecio ni »esta arrogancia; yo no he de ver en tí mas »que un hijo en el espíritu y un hermano en »creencias. Y lloraré contigo tus errores. Y »derramaré en tu corazon un consuelo inefa»ble. Y te hablaré de misericordia y perdon. »Y te presentaré la hermosa perspectiva de una »felicidad que ahora apenas conoces, prome»tiéndotela en nombre del cielo. Y te purificaré »con mi bendicion y con mis preces. Y no me »separaré de tí hasta que haya conducido tu al»ma á las manos de Dios, tu cadáver á la tumba.»

Hé aquí la gran línea que traza en el universo la existencia del cura párroco, desde el Oriente hasta el Ocaso de la humanidad. Hé aquí los puntos cardinales adonde camina á través de esa muchedumbre de criaturas entre las que vive oscurecido. Su mision es fácil de comprenderse, recibir al hombre como sale de la nada, débil ser, todo fragilidades, todo miserias, y devolverle al Sumo Criador fuerte ya por la fé, rico por la gracia, vencedor de sus pasiones, santificado por el arrepentimiento y por la expiacion, ungido con el óleo de las virtudes, preparado y dispuesto para gozar el reposo y la ventura de los ángeles en la patria eterna del género humano. Esta mision ha sido siempre divina, siempre necesaria, siempre indispensable. Por esto escribe Lamartine: «*hay un mortal en cada »porroquia sin el que no podemos nacer ni morir.*»

El vizconde de Bragelonne.

Pero en esta época de refinada civilizacion; en el seno de unas generaciones deslumbradas con el espectáculo de sorprendentes progresos materiales; cuando los mas célebres publicistas de Europa dicen con orgullo: «*Somos »el siglo XIX. Somos la edad mejor de la »humanidad, la plenitud de su sol, la plenitud de su dia;*» hoy, en medio de esta misma época y al lado de esta misma generacion, el cura como representante de los intereses del espíritu que nunca estan en completa armonía con esos intereses materiales; como doctor del Evangelio, de esta filosofía santa con la que rara vez les es dado entenderse á los dichosos del mundo, parecerá sin duda una especie de viva defeccion del siglo, ó una planta exótica que pierde en país estraño su lozanía vejetando solitaria en el olvido.

No obstante, desde la soledad, desde el ignorado y silencioso retiro de su presbiterio, sigue con la vista el párroco el movimiento todo que hace el linaje humano sobre la tierra. Desde allí, con la autoridad de su saber y con el prestigio de su dignidad, con la fuerza de su predicacion y con el influjo de su virtud, puede detener en su marcha material á alguna parte de los pueblos cristianos; puede decirles, quizá con algun fruto: «Pro-hombres del si»glo XIX, hijos de la edad de la civilizacion y »del progreso; los que habeis nacido en la ple»nitud del mejor dia de la sociedad, en la flo»rescencia del mundo, retroceded un poco. »Marchais con demasiada precipitacion, y ha»beis dejado atrás, habeis olvidado la fé reli»giosa de vuestros padres, que es la que cons»tituye la verdadera civilizacion del universo; »la moral divina de Jesús, que es la que tiene »el esclusivo poder para perfeccionar al hom»bre. Sin estos dos salvo-conductos sagrados »perdereis el camino. Verdad es que van en »torno vuestro los prodigios de la industria y »las maravillas de las artes: invenciones como »fabulosas, fábricas monstruos, telégrafos por »los vientos y telégrafos por los mares, trenes »y carreteras metálicas, hermosos canales y »magníficos puertos. Verdad es que breve»mente cruzais vuestras provincias y vuestros »imperios; que os meceis sobre los abismos »de las aguas en esos puentes esplendorosos, »que rodais por el Océano de una manera des»conocida; que aturdís y sorprendeis á la crea»cion con el ruido de vuestras máquinas y »con el soberbio aparato de vuestro gran comercio, de vuestro »lujo deslumbrador, de vuestra prosperidad gigante. Pero sa»bed que entre ese brillo y entre esa grandeza, que esa mar»cha triunfal que haceis sobre las generaciones que han pasado »y sobre las generaciones que han de venir, llevais la vida en »la epidermis, la muerte en el corazon.»

JOSÉ DONCEL Y ORDAZ.

El caballero de Lorena.

Luis XIV cubriendo con su sombrero á la Valliere.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.

2009 Ministerio de Cultura